



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS**  
**Facultad de Filosofía y Letras**  
**Instituto de Investigaciones Filológicas**

**Memoria y violencia: el exilio argentino en México en la  
literatura de Mempo Giardinelli**

Tesis que para optar por el grado de  
Maestro en Letras (Letras Latinoamericanas)  
presenta:

**Ulises Valderrama Abad**

Tutora: Dra. Yanna Celina Hadatty Mora  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres y hermanos,  
por su confianza ciega.

Para Andrea,  
por la amistad y las palabras.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a todos mis maestros y maestras que me brindaron su tiempo, paciencia y conocimiento en estos años de formación universitaria.

A los lectores de este trabajo, el Dr. Ignacio Díaz Ruíz, por recordarme que los textos exigen su propio tiempo y que la velocidad es enemiga del conocimiento. A la Dra. Raquel Mosqueda, por enseñarme a leer con una mirada distinta y ser mi maestra aún antes de entrar a la facultad, también por las lecciones dentro del salón de clases, pero principalmente por sus enseñanzas fuera de éste, guía y mentora. A la Dra. Mónica Quijano, por su mirada crítica sobre el mundo que nos rodea y por la energía con que afronta la labor docente. A la Dra. Alejandra Amatto, por sus invaluable comentarios a este trabajo y por incitarme a llevar la reflexión acerca del exilio más lejos.

A mi asesora, la Dra. Yanna Hadatty, por impulsarme constantemente a realizar un mejor trabajo, por el apoyo incondicional que me brindó durante estos dos años de posgrado y por mostrarme que es posible hacer una mejor academia, siempre digna y honesta.

También quiero agradecer a mi cotutora en Argentina, la Dra. Mónica Szurmuk, por el caluroso recibimiento y el tiempo compartido en la Universidad de Buenos Aires, sus comentarios fueron fundamentales para afinar este trabajo.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por otorgarme una beca para realizar mis estudios de maestría y realizar una estancia de investigación en el extranjero, la cual fue determinante en el rumbo de este trabajo.

A todos los que me recibieron cariñosamente en Argentina y con quienes compartí pláticas y vivencias que, en muchos sentidos, florecieron en este trabajo: Sebas (San Telmo), Felícitas (La Plata), Miguel (Biblioteca Nacional), Juancho (Rosario), Cintia (Tacuarí), Kevin (Microcentro). Y a mi pequeña familia mexicana en Argentina: Adrián y Nélica (calle México).

Un agradecimiento especial a Tununa Mercado y Carlos Ulanovsky, por haberme brindado su valioso tiempo para platicar sobre literatura y su experiencia de exilio en México.

A mis compañeros de la maestría con quienes compartí clases y a los Malandros, por enseñarme que la academia puede ser divertida.

A mis padres y hermanos, por el apoyo incondicional que siempre me han brindado, por el camino que tuvieron que recorrer para que yo no tropezara y porque sus enseñanzas de vida son las que me guían día con día. A Andrea, por el tiempo compartido y los caminos recorridos.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. ....	6
CAPÍTULO 1:	
Historia del exilio argentino en México (1974-1983). ....	12
1.1 La organización en el exilio: solidaridad y denuncia, las formas de sobrevivir. ....	19
1.2 La información desde el exilio y las discusiones al interior. ....	23
1.3 La “campana antiargentina” ¿un plácido exilio? ....	26
1.4 En busca de consenso nacional: una victoria y la derrota final. ....	27
1.4.1 El Mundial de 1978. ....	27
1.4.2 La guerra de las Malvinas. ....	29
1.5 El largo adiós. ....	31
CAPÍTULO 2:	
Literatura y exilio argentino. ....	33
CAPÍTULO 3:	
Memoria y olvido en dos novelas de Mempo Giardinelli. ....	47
3.1 Introducción al corpus de estudio. ....	47
3.2 El despertar de la memoria en <i>Qué solos se quedan los muertos</i> . ....	51
3.3 Olvidos que tornan memoria, <i>El cielo con las manos</i> . ....	71
CONCLUSIONES. ....	90
BIBLIOGRAFÍA. ....	97

## INTRODUCCIÓN

Podemos considerar a la década de 1990 como aquella en la que se dio un resurgimiento de la memoria en Argentina respecto del golpe de Estado de 1976. Tuvieron que pasar cerca de veinte años desde aquel estallido de violencia para que los silencios dejaran el ámbito personal y familiar, y se convirtieran en reclamos legítimos de justicia en la esfera pública. Sin duda, el nacimiento de la agrupación Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS), de la mano de la larga lucha realizada por las Madres de Plaza de Mayo, desde 1977, fue fundamental para que se diera este despertar de la memoria y se lograra juzgar a algunos de los implicados en la dictadura cívico-militar.

No obstante, durante los mismos años y a la luz de que se empezara a hablar de los muertos, torturados y, principalmente, de los desaparecidos, el tema del exilio quedó en relativo olvido a nivel público. Todas aquellas personas que debieron abandonar su patria para salvar sus vidas eran mal vistas entre la sociedad argentina. Lo primero que se venía a la mente al pensar en ellos era que, en gran medida, también habían sido partícipes de la violencia previa a, y durante, la dictadura. La frase “por algo habrá sido”, tan utilizada para juzgar lo que se desconoce y se teme investigar, se volvió un lugar común al referirse a ellos.

Mientras tanto, en los países a los que se vieron forzados a trasladarse (México, España, Brasil, Italia, Suecia, entre otros), los exiliados experimentaban una gran impotencia por sentir que habían huido en un momento crítico, abandonando a sus compañeros de militancia, familiares y/o amigos, y sufrían un tipo de trauma distinto al del resto de las víctimas del terrorismo de Estado. Sus padecimientos se asociaron al alejamiento de su país y a la adaptación que debieron experimentar en un lugar en el que siempre serían vistos como ajenos, los otros, los extranjeros.

El presente trabajo versa sobre la literatura del exilio argentino en México e intenta demostrar la importancia de la escritura durante este periodo de destierro para apoyar a que se llevara a cabo el ya mencionado despertar de la memoria en Argentina. Apegándonos a los preceptos de Emilia Deffis<sup>1</sup>, consideramos que el primer paso para comprender los sucesos traumáticos es poder nombrarlos. En esta tarea, los escritores tuvieron un papel preponderante, pues fueron los encargados de poner en palabras inteligibles la experiencia indecible de la violencia, el destierro y el desamparo. Al verse desgarrados del país de nacimiento, muchos de los autores adoptaron a la lengua como una patria que no se ceñía a un lugar geográfico en específico, sino que tenía la característica de ser transfronteriza.

Para lo anterior nos centraremos, principalmente, en dos novelas escritas por el argentino Mempo Giardinelli (1947)<sup>2</sup> durante su propio destierro en México. Éstas se

---

<sup>1</sup> Emilia Deffis, *Figuraciones de lo ominoso*. Argentina: Ed. Biblos, 2010.

<sup>2</sup> Mempo Giardinelli nació en Resistencia, provincia del Chaco, Argentina, el 2 de agosto de 1947. Ha sido galardonado con diversos premios, entre ellos el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero (México), en el año de 1983, por su libro *Luna Caliente*, y el Premio Rómulo Gallegos (Venezuela), en 1993, por su novela *Santo oficio de la memoria*. También ha recibido el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Poitiers (Francia), en 2006; la Universidad del Norte (Asunción, Paraguay), en 2014; y la Universidad Nacional de Formosa (Argentina), en 2016. Tras estallar la dictadura en su país, se tuvo que exiliar en México entre los años 1976 y 1984, en donde se desempeñó principalmente como periodista en los diarios *Excelsior*, *Unomásuno* y en la revista *Expansión*, además de ser profesor en la Facultad de Periodismo y Ciencias de la Comunicación de la Universidad Iberoamericana. Al regresar a Argentina fundó la revista *Puro Cuento*, la cual se editó bimestralmente de manera ininterrumpida durante seis años (1986-1992). En su haber cuenta con

caracterizan por tener varios puntos en común, el más significativo de ellos es el tópico del exilio, pues los dos protagonistas experimentan esta misma situación, aunque la forma en que se enfrentan a ella resulta muy distinta. Los libros a los que me refiero son: *El cielo con las manos* (1981) y *Qué solos se quedan los muertos* (1985).

Es importante señalar que, en el proceso de elaboración de esta tesis, la investigación y el análisis se dieron no únicamente en torno a la obra de Giardinelli, sino también alrededor del estudio y planteamiento del contexto: si bien es cierto que existen estudios históricos sobre el exilio argentino en nuestro país, principalmente los de Pablo Yankelevich, o algunas crónicas de los propios exiliados, como las de Noé Jitrik, Carlos Ulanovsky, Tununa Mercado, Jorge Luís Bernetti y Mempo Giardinelli, para esta investigación fue necesario hacer el cruce entre estos trabajos, de forma que pudiera poner en diálogo Historia y literatura, antes de analizar el corpus propuesto. Esto con el propósito de entender la importancia que tuvo la narrativa en la experiencia de exilio argentino en México.

En el primer capítulo haremos algunas puntualizaciones acerca del concepto de exiliado, el cual entendemos en este trabajo como toda aquella persona que por motivos políticos se ve forzada a salir de su país, pues su vida corre peligro, pudiendo regresar sólo hasta que las circunstancias en contra hubieran cambiado. También analizaremos los episodios y temas más destacados del exilio argentino: la forma de organización, el perfil de las personas que llegaron, los procesos de adaptación experimentados, la manera en que veían a su país a la distancia y las condiciones surgidas para dar por terminado el destierro,

---

trece novelas editadas, más de diez libros de cuentos y de ensayos, tres poemarios y ha sido compilador de diversas antologías.

el día 10 de diciembre de 1983, fecha en que tomó cargo Raúl Alfonsín como presidente de Argentina, marcando con esto el regreso de la democracia tras ocho años de dictadura.

En el segundo capítulo hablaremos sobre algunas de las características identificables en la literatura del exilio argentino, las cuales contemplan reflexiones profundas del destierro, una permanente sensación de pérdida en los planos temporal (años fuera de casa), material (pertenencias), social (amigos/familia) y principalmente espacial (el país). En esta narrativa también encontramos plasmado el extrañamiento frente a todo lo nuevo que se ve y se experimenta en la tierra de acogida, junto con una reinterpretación del pasado antes de salir al exilio, entre otras particularidades.

El tercer capítulo está dedicado al análisis literario de las obras propuestas y se divide en dos apartados. El primero destinado a la novela *Qué solos se quedan los muertos*, en el cual planteamos los presupuestos teóricos para hablar de la memoria personal/colectiva y describimos el proceso que vive José Giustozzi en Zacatecas para pasar de una amnesia auto-inducida, a un estado permanente de memoria abierta en el que lleva a cabo una reflexión profunda, postergada por varios años, sobre su pasado violento en Argentina. Este proceso de memoria es equiparable al vivido en el país sudamericano después de la dictadura, por compartir la peculiaridad de haber sido puesto en marcha gracias a un detonador identificable. En el caso de la historia argentina, fueron las conmemoraciones del vigésimo aniversario las que sacaron del marasmo a la sociedad, mientras que, en la novela, este proceso inicia por la muerte de Carmen Rubiolo (antigua pareja de Giustozzi) después de la cual, el personaje experimenta un duelo profundo que lo lleva a recordar el contexto de violencia política con el que creció y que posteriormente lo obligó a salir de su país para salvar su vida.

En el segundo apartado del capítulo 3, abordamos la novela *El cielo con las manos* desde una perspectiva de olvido por omisión, en el que el protagonista hace todo lo posible para evitar hablar de su pasado reciente y decide refugiarse en sus memorias del pasado lejano. Al contarle a su amigo Jaime sus historias de adolescencia, evade reflexionar acerca de su condición de exiliado en el presente narrativo. Además, este personaje experimenta un estado de melancolía por haber perdido a su patria y a Aurora, la mujer de la que estaba enamorado. Le resulta imposible desanclarse de sus recuerdos hasta que se reencuentra con Aurora en las calles de la Ciudad de México y logra cerrar ese episodio de su vida, dándose cuenta que ella ya no pertenece a su presente, sino que es parte del pasado, de una eternidad pretérita. Aquí referimos a la dicotomía memoria/olvido, la cual ha sido comúnmente entendida en términos binarios bueno/malo, para decir que esta simplificación no es del todo exacta, que estos dos términos no tienen por qué estar en pugna, por el contrario, la una es menester por el surgimiento de la otra.

Por último, una vez trazada la estructura de la investigación, baste mencionar que este trabajo estaba planteado, en un principio, como un estudio comparativo entre dos procesos de violencia política distintos (Perú/Argentina) y sus respectivas luchas por la memoria a través de la literatura. Sin embargo, tras realizar una estancia de investigación en Argentina (febrero-julio 2017), decidí acotar el tema al exilio argentino en México, el cual, en muchos sentidos, ya formaba parte del anterior. Este cambio surgió, en gran medida, por los eventos organizados en el marco de las conmemoraciones del 41 aniversario del inicio de la dictadura, entre los cuales había algunos dedicados a la cuestión de la que ahora me ocupo. De esta forma, pude asistir durante marzo a la muestra colectiva “Exilios. Memorias del terrorismo de Estado”, en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti; escuchar la conferencia “Feminismo y exilio” dictada por Tununa Mercado, Dora Barrancos, Susana

Sanz y Flor Monfort, en el mismo lugar; y acudir a la proyección del documental “La guardería”, de Virginia Croato, en un pequeño centro cultural autogestivo llamado Casa Gatica, en el barrio de Almagro. Ésta última llamó especialmente mi atención, pues trata la experiencia de exilio de algunos niños argentinos encargados por sus padres en Cuba, mientras ellos regresaban a organizar la Contraofensiva argentina en 1979. Al platicar con la realizadora (quien estuvo en la guardería cubana) me comentó que el primer referente de las guarderías comunitarias para hijos de exiliados se había gestado en México (en donde también vivió), gracias a la buena organización de la comunidad argentina.

Estos eventos, entre varios otros, me llevaron a darme cuenta del papel fundamental de la experiencia mexicana para el exilio argentino. Sin embargo, el suceso definitorio que encajó todas las partes mencionadas, fue encontrarme en librerías con una nueva edición de la segunda novela de mi corpus actual, *El cielo con las manos*, realizada por la editorial Edhasa en 2014, y darme cuenta de dos cosas (hoy muy evidentes): que había sido escrita por Giardinelli en México y que también trataba sobre el exilio. Este libro, si bien es rastreable en las bibliotecas de México, resulta imposible encontrarlo en algún anaquel a la mano.

Las geografías cruzadas y el momento conmemorativo que viví en Argentina, se conjuntaron para decidirme a acotar mi investigación, quedándome con un autor, Mempo Giardinelli, y dos de sus obras con muchos puntos de confluencia. Espero que mi aporte sirva para continuar ampliando los estudios sobre la literatura del exilio argentino en México, uno de los temas incrustados en la génesis de la región latinoamericana con el cual seguimos teniendo una deuda histórica.

## CAPÍTULO 1

### Historia del exilio argentino en México (1974-1983)

En las mansas tardes de lluvia del DF y al amparo del tenaz y fraternal empeño por seguir siendo desde lejos lo que éramos antes de partir, comencé a buscar las respuestas. Hoy me (nos) veo con indulgencia y hasta con compasión.

–Ernesto López (exiliado argentino)–

La historia del exilio argentino en México no empieza con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 que dio inicio a la última dictadura militar en Argentina<sup>1</sup>, se remonta al menos dos años atrás, a los tiempos del gobierno de María Estela Martínez de Perón, cuando se incrementaron las amenazas de muerte y la violencia generada por el órgano parapolicial denominado Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), al mando de José López Rega, la cual torturó, asesinó y desapareció a estudiantes, obreros, artistas, intelectuales, abogados, sindicalistas y a una gran cantidad de militantes de izquierda.

Pero para plantear las bases de este trabajo, es necesario definir algunos conceptos, empezando por el de *destierro*, el cual en su acepción más general consiste en la separación de un individuo de un espacio geográfico determinado. Éste a su vez tiene dos variantes

---

<sup>1</sup> Debido a la gran cantidad de bibliografía que existe sobre el golpe de Estado de 1976, en este trabajo lo mencionaremos someramente.

principales, la *expatriación* y el *exilio*. La primera puede entenderse como la decisión de un individuo de salir de su país por cuenta propia, sin que deje de ser importante el contexto social y político previo a su determinación. Mientras que el exilio hace referencia, de igual manera, a la migración de una persona, pero con la característica primordial de ser forzada por una situación que ponga en riesgo su vida. Como ya se habrá podido advertir, la diferencia entre ambos fenómenos recae en la posibilidad de tomar la decisión, o no, de salir del país por sí mismo, sin que dependa de ello salvaguardar la vida. En este trabajo utilizaremos destierro y exilio como conceptos análogos.

Tomando en cuenta dos definiciones más, según la Real Academia Española, el exilio es la: “Separación de una persona de la tierra en que vive”<sup>2</sup>. Mientras que Luis Roniger lo describe como “un mecanismo institucionalizado de exclusión política”<sup>3</sup>. En ambas interpretaciones encontramos la agentividad de un tercero sobre el desterrado (alguien que separa o excluye a otro de algún lugar). Esta práctica sistemática de los poderes fácticos consiste en el traslado forzado o en la expulsión de personas hacia el extranjero por el peligro de ser encarceladas, torturadas o asesinadas en caso de quedarse en su territorio. Con este método se busca eliminar las fuerzas contrarias al régimen en turno, inhibiendo el accionar político de los exiliados.

Una vez fuera del territorio nacional, estas personas no son consideradas un interlocutor válido para los gobernantes, pues pierde toda capacidad de “diálogo”, pasando a formar parte de un espacio indeterminado sobre el que no tiene injerencia directa. Además, podemos decir que el campo semántico del exiliado se encuentra cercano a las

---

<sup>2</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, edición del tricentenario (versión en línea).

<sup>3</sup> Luis Roniger, *Destierro y exilio en América Latina*, p. 71.

figuras del desarraigo, el nomadismo, el paria y a la de los sujetos errantes, teniendo como principal rasgo el cambio y el movimiento constante.

Apegándonos a los preceptos de Roniger, la diferencia entre el exiliado y el *migrante* consiste en que este último no tiene la restricción de regresar a su país, su salida está determinada, generalmente, por cuestiones económicas (aunque muchas veces tampoco cuenta con los medios para volver). La prohibición del retorno a la patria, mientras las condiciones políticas no hayan cambiado, determina los términos en los que el exiliado concibe su relación con la vida, con la sociedad y con el mundo que lo rodea en un momento dado. De igual forma podemos referirnos a la figura del *refugiado*, quien si bien también pudo haber sido expulsado, su intención es hacer una vida en otro país que lo acepte, migra para encontrar condiciones más favorables en las cuales procurarse una vida digna, mientras que los exiliados, en principio, no planean afincarse en la tierra que transitan, ven su exilio como un paréntesis involuntario en su historia personal.

Noé Jitrik aborda el exilio desde una perspectiva más política y colectiva, donde resulta ser un sistema de comprobación de los fallos a los que están expuestos ciertos sectores de la sociedad organizada con actividades sediciosas: “el exilio es ante todo una constatación, una verificación fáctica y dramática de la falibilidad de los instrumentos de análisis [...] es sobre todo una dimensión de la modernidad, un precio que las sociedades pagan para verificar, al fin y al cabo, la fuerza que poseen sus estructuras”<sup>4</sup>. Esta definición está dada en el contexto de la derrota de las izquierdas a manos de los militares argentinos durante la última dictadura; el exilio es entendido como la “constatación” de un error en la planeación y las posturas de una sociedad politizada, es la consecuencia de un análisis incorrecto que termina reafirmando el poder del sistema en turno: “Me explico: se es

---

<sup>4</sup> Noé Jitrik, “La literatura del exilio en México (aproximaciones)”, p. 160.

exiliado porque se trató mediante una acción, política o simbólica, de llevar hasta las últimas consecuencias una relación con un medio determinado, estructurado por dos fuerzas que me parecen centrales: una que pondría en el orden de la ‘pertenencia’, y otra en el orden de la ‘modificación’”<sup>5</sup>.

La relación planteada por Jitrik entre estas dos fuerzas habla sobre el sentir de los exiliados, pues todos aquellos pertenecientes a una sociedad (como ciudadanos “legítimos”) cuentan con el derecho de transformarla. Los ciudadanos que poseen ambas características (pertenencia y posibilidad de modificación) se constituyen plenamente como sujetos sociales dentro de un territorio. Aquel que sólo siente pertenencia muchas veces no está dispuesto a la modificación, mientras que resulta extraño encontrar a alguien tan sólo con el deseo de cambio sin pertenencia, comúnmente se busca modificar lo que uno siente como suyo. Según Jitrik, cuando la fuerza de la identificación y la transformación entran en conflicto se produce el exilio: “el poder no tolera que se ponga en riesgo la continuidad de la pertenencia, razón por la cual bloquea la incrementada y a su juicio excesiva capacidad de modificación”<sup>6</sup>. En el exilio, ambas potencias desaparecen y los sujetos quedan a la deriva, pues no se pertenece al nuevo lugar y tampoco se tiene el sentimiento, ni el derecho, de cambiarlo. La mayoría de los exiliados argentinos llegados a México venían de una tradición de lucha política y, de pronto, quedaron imposibilitados de realizar acciones tendientes a injerir sobre su ambiente, se convirtieron en extranjeros, en extraños, en lo “otro”.

Una vez sentadas las bases del concepto de exilio, el cual estará presente a lo largo de todo este trabajo, podemos referirnos concretamente al fenómeno argentino en México.

---

<sup>5</sup> *Ibíd*em, p. 168.

<sup>6</sup> *Ídem*.

Los primeros desterrados comenzaron a llegar a nuestro país en septiembre de 1974, entre los personajes de esta primera oleada encontramos a Rodolfo Puiggrós, Esteban Righi, Raúl Laguzzi, Ricardo Obregón Cano e Ignacio González Jansen. La mayoría de ellos salieron de su país bajo el auspicio del entonces embajador mexicano en Buenos Aires, Celso H. Delgado Ramírez, por lo que su condición migratoria, propiamente hablando, era la de asilados políticos.

Pablo Yankelevich, más puntualmente, considera que el primer exiliado argentino en México por motivos políticos fue el expresidente Héctor J. Cámpora<sup>7</sup>, quien llegó a la Ciudad de México a principios de julio de 1974 por las amenazas de muerte recibidas después del funeral del presidente Juan Domingo Perón. Su primer destierro duraría cerca de un año, posteriormente Cámpora regresaría a su país en 1975 para intentar reorganizar a las fuerzas peronistas que se habían quedado sin su líder. No obstante, este cometido se vería frustrado por el golpe militar de 1976, en el que nuevamente su vida se pone en riesgo y opta por refugiarse en la embajada mexicana, donde permanecerá encerrado durante casi dos años y nueve meses, hasta que al darse a conocer la noticia de su cáncer de laringe, lograra conseguir el salvoconducto que lo lleva a exiliarse por segunda vez en nuestro país, en donde fallece el 19 de diciembre de 1980, en Cuernavaca, Morelos.

Algunas otras personas encarceladas decidieron ampararse al artículo 23 de la Constitución argentina, el cual les otorgaba la libertad a cambio de abandonar su país. A estos últimos se les conocía entre la comunidad argentina en México como “opcionados” o como PEN (por haber estado a disposición del Poder Ejecutivo Nacional). Sin embargo, la gran mayoría partió abruptamente al exilio tras enterarse que estaban siendo buscados o en

---

<sup>7</sup> Yankelevich hace un seguimiento puntual a todas las gestiones diplomáticas para que Héctor J. Cámpora pudiera exiliarse en México en su libro *Ráfagas de un exilio*, pp. 61-114.

cuanto familiares y amigos cercanos comenzaron a ser desaparecidos (que no a desaparecer). Con lo poco que rescataban de sus hogares, miles de argentinos emprendieron un largo viaje a otros países, sin fecha de regreso, para salvar sus vidas. Los principales lugares de destierro, además de México, fueron España, Francia, Italia, Alemania, Suecia, Brasil, Venezuela, Costa Rica, Estados Unidos e incluso Israel, por el origen judío de algunos de ellos.

Desde los primeros estudios sobre el exilio argentino, Mario Margulis<sup>8</sup> concluye, en 1986, que éste estuvo integrado, en su mayoría, por profesionistas, intelectuales, artistas y en general por personas con un nivel educativo medio-superior, lo cual favoreció la creación artística e intelectual con énfasis en la propia experiencia del exilio. Como es el caso de las dos novelas de Mempo Giardinelli que abordaremos en este trabajo: *El cielo con las manos* (1981) y *Qué solos se quedan los muertos* (1985), la primera de ellas publicada todavía en el exilio y la segunda al poco tiempo de que Giardinelli regresara a su país.

Resulta difícil cuantificar el número de exiliados argentinos llegados a México, puesto que muchos de ellos transitaron entre distintas condiciones migratorias, desde turistas y trabajadores temporales, hasta quienes después de un tiempo se convirtieron en ilegales, esto complica tener un conteo claro. Quizá los dos registros más fieles, por estar fundamentados en documentos institucionales, son los que dan Mario Margulis y Pablo Yankelevich. Margulis toma como fuente el censo de 1980, para estimar que al finalizar la dictadura había entre 7,945 y 8,807 argentinos en nuestro país<sup>9</sup>. Mientras que Yankelevich basado en los registros del Instituto Nacional de Migración (INM), entre 1960 y 1983,

---

<sup>8</sup> En Alfredo E. Lattes y Enrique Oteiza, *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): democratización y retorno de expatriados*.

<sup>9</sup> Ídem.

estima una cifra de 6,087 migrantes argentinos<sup>10</sup>. Por supuesto, es difícil pensar que la mayoría de exiliados participaron en los censos o que todos se hayan inscrito en el Registro Nacional de Extranjeros a cargo del INM, pues el fenómeno del exilio, casi siempre, inicia con la idea de llevar a cabo una pequeña estancia en otro país. Resulta imposible saber las razones exactas de la salida de cada migrante.

Sin embargo, el indicador más claro para asociar este éxodo a motivos políticos es el incremento sustancial de inmigrantes argentinos a México en 1976, año del golpe militar. La cifra aumentó de un promedio de 106 personas por año, en la década de 1960, a 784 registradas tras estallar la violencia<sup>11</sup>. Siguiendo estas estadísticas es posible dibujar un perfil general de los exiliados argentinos en México, entre los años 1974-1983, la mayoría provenían de Capital Federal y de la provincia de Buenos Aires (60%), el 55% eran hombres y el 45% mujeres, con primacía de jóvenes entre 20 y 39 años (56%), muchos de ellos con grado o posgrado universitario (40%) y el 73% eran casados, aunque no necesariamente con hijos. Al llegar a México, el Distrito Federal y el área metropolitana fue el destino predilecto para el 73% de los argentinos.

Estas cifras, en cierto grado, nos revelan que el exilio en México no fue un fenómeno fortuito o disociado de la violencia desatada por la dictadura en Argentina, dado que a partir del 76 comenzaron a llegar jóvenes, obreros y universitarios que buscaban salvar sus vidas y las de su familia. Las causas no responden, en principio, a motivos económicos. El hecho de que existieran opciones como la del ya mencionado artículo 23, para salir de la cárcel a cambio del destierro, demuestra una intención sistemática del gobierno argentino por expulsar del territorio nacional a todos los disidentes políticos. El

---

<sup>10</sup> Pablo Yankelevich, *Ráfagas de un exilio*, p. 28.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 30-32.

exilio forzado, a su vez, debe ser enmarcado dentro de las políticas de la Doctrina de Seguridad Nacional norteamericana, impuestas a toda América Latina, tras la Segunda Guerra Mundial<sup>12</sup>.

No debemos perder de vista que el exilio del cual nos ocuparemos en este trabajo, respondió principalmente a una persecución por parte del Estado sobre los disidentes y las izquierdas en Argentina, y que, en su gran mayoría, los exiliados militaron políticamente antes y durante su estadía en México, lo que dio como resultado dos fenómenos: el primero, una compleja organización de la comunidad argentina en nuestro país, que estructuró una red de apoyo mutuo y de denuncia de la dictadura a nivel internacional; y el segundo, un ímpetu por intentar documentar esta experiencia, y escribir sobre ella para dejar un testimonio al margen, pero no disociado, de lo que ocurría durante los mismos años en Argentina. En resumen, los exiliados políticos procuraron salvaguardar la memoria de su experiencia, en la medida de lo posible, y denunciar las atrocidades de la dictadura.

### **1.1 La organización en el exilio: Solidaridad y denuncia, las formas de sobrevivir.**

Una vez en México, los exiliados comenzaron a agruparse en dos grandes organizaciones: la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA).

La CAS fue creada a principios de 1975 por los primeros exiliados llegados al país y estuvo integrada por una fracción peronista-camporista, además de tener otros miembros militantes de izquierda distanciados de varias organizaciones. Llegó a reunir a más de 600

---

<sup>12</sup> Para mayor información sobre este tema, consultar el libro *El terrorismo de Estado, la Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*, de Jorge A. Tapia Valdés.

afiliados (con sus respectivas familias) entre los años 1980-1983, mismos que pudieron elegir democráticamente a sus dirigentes a partir de 1980 por medio del voto secreto, hecho de suma importancia, dado que significaba la adopción de un mecanismo democrático como alternativa política a futuro. Entretanto, el COSPA, también conocido como “La Casa Argentina”, fue fundado en octubre de 1975 por militantes de la guerrilla Montoneros y, posteriormente, acogió a integrantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y a la cúpula dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El rango de participación interna de sus miembros era más limitado que en la CAS, pues derivaba de una organización con una estructura vertical guerrillera. Probablemente por esto, para 1980 su fuerza de convocatoria había disminuido considerablemente al dejarse de lado la lucha armada y comenzar a abrazar una férrea defensa de la democracia como sistema político en Argentina.

Las principales actividades desarrolladas por ambas organizaciones, y por los exiliados en general, se centraron en la *solidaridad* y la *denuncia*. La primera, buscaba brindarle ayuda a los recién llegados a tierras mexicanas para que pudieran encontrar casa y trabajo lo más rápido posible, lo que directamente fortalecía a la comunidad de exiliados. Y la segunda, intentaba dar a conocer la violación a los derechos humanos que sufrían los argentinos tanto en tierras propias como en los países limítrofes a los que escapaban, e incluso en los países de exilio. En esta actividad de denuncia internacional era de vital importancia el periodismo, puesto que la situación ameritaba ocupar todos los medios de difusión posibles para mantener un cuestionamiento permanente de la dictadura militar.

Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli, quienes en su libro *México: el exilio que hemos vivido* (2014), hacen una relatoría precisa de esos años, se refieren a la organización de sus compatriotas como el “sindicato del exilio”, debido a la compleja estructura de

trabajo que llegaron a conformar y al fuerte arraigo sindicalista que tenían muchos de los exiliados peronistas. A su vez, los dos autores elaboran una división puntual de las actividades de denuncia en cuatro rubros, las cuales pueden ser resumidas de la siguiente manera<sup>13</sup>:

1. Documentación de las violaciones a los derechos humanos en Argentina, recopilando testimonios de víctimas de la represión.
2. Difusión de propaganda directa o indirecta en los medios de comunicación en los que colaboraban los exiliados, principalmente impresos; publicación de desplegados y ruedas de prensa informativas.
3. Realización de cualquier tipo de acto “parapolítico” en las dos principales sedes de los exiliados (CAS y COSPA), entre los que se encontraban proyecciones de cine, bailes, obras de teatro, asados, cursos de historia argentina, festivales musicales, etc. Toda congregación de gente era propicia para la denuncia.
4. Obtención de recursos materiales y monetarios para procurar los tres puntos anteriores.

En lo que respecta a las actividades de solidaridad, éstas buscaban hacer menos traumática la llegada de los nuevos compatriotas al exilio, ayudándolos, en primera instancia, a encontrar un alojamiento estable, escuela para sus hijos, acomodo en algún trabajo y apoyo médico o psicológico en caso de requerirlo. Una vez adaptados a tierras mexicanas y habiendo encontrado relativa estabilidad, ellos debían apoyar de la misma forma a los nuevos exiliados. Los cuatro puntos en los que se agrupaban las actividades de solidaridad fueron<sup>14</sup>:

1. Apoyo para resolver las dos necesidades más inmediatas de los recién llegados: vivienda y trabajo. La ayuda consistía en informar sobre lugares y zonas donde rentar un alojamiento y en alertar sobre trabajos vacantes.

---

<sup>13</sup>Jorge Luís Bernetti y Mempo Giardinelli, *México: el exilio que hemos vivido*, pp. 63-64.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 64-65.

2. Orientación de los trámites migratorios necesarios para permanecer de manera legal en el país y procuración de apoyo psicológico para quienes llegaron en condiciones anímicas deplorables por haber sufrido la pérdida de amigos y familiares, o haber sido torturados ellos mismos, a manos de la dictadura.
3. Solidaridad económica para resolver todo tipo de imprevistos que le ocurrieran a la comunidad de exiliados. Entre las situaciones de emergencia se encontraban: fallecimientos, tratamientos médicos, intervenciones quirúrgicas, accidentes, etc.
4. Cooperación con el resto de organismos de exiliados en México o participación en actividades conjuntas.

La solidaridad del exilio argentino no sólo se dirigió hacia el interior de la propia comunidad, sino también tendieron fuertes lazos de apoyo con otras causas políticas. En primer término, muchos de los exiliados formaron parte del Comité de Solidaridad Latinoamericano (COSLA), del cual Rodolfo Puiggrós fue uno de los fundadores. Entre los países que lo integraron, además de Argentina, se encontraban Bolivia, Colombia, Chile, Haití, México, Uruguay y Perú, la principal causa de esta organización era constituir un frente internacional de rechazo contra las dictaduras latinoamericanas. Además, la solidaridad de algunos argentinos tomó formas más concretas al apoyar abiertamente, e incluso ir como voluntarios, a las luchas guerrilleras centroamericanas, lo cual tendió un vínculo estrecho con organizaciones políticas como el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), en Nicaragua; el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), en El Salvador; y la Unidad Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG)<sup>15</sup>.

Todo este intercambio con otros países latinoamericanos fue muy importante para el exilio argentino, pues la gran mayoría conocía muy poco de los países a los que llegaron y

---

<sup>15</sup> Algunos integrantes de las guerrillas argentinas Montoneros y PRT-ERP tuvieron un papel activo en la lucha centroamericana, concretamente en el sandinismo. Para mayor información consultar Bernetti y Giardinelli (2014).

tenían un conocimiento general de América Latina. De forma abrupta tuvieron que aprender lo necesario para adaptarse a su nuevo entorno.

En el caso de México, muchos argentinos desconocían la historia, la gastronomía, la geografía interna del país y las formas básicas de sociabilización del mexicano, por lo que su adaptación fue un verdadero choque cultural. En gran medida, la experiencia de destierro significó, culturalmente hablando, una apertura hacia el mundo latinoamericano para quienes lo vivieron, una “desprovincialización del exilio”<sup>16</sup>, ante el gran arraigo por lo europeo que existía en el seno de la argentinidad. Esta ampliación de los horizontes trajo consecuencias positivas al transformar la visión de mundo de muchos exiliados, reencontrando lazos culturales comunes entre Latinoamérica que derivaron en actos de solidaridad con otros países de la región.

## **1.2 La información desde el exilio y las discusiones al interior**

Uno de los fenómenos paradójicos que trajo consigo el exilio en México fue el hecho de estar mejor informados fuera de las fronteras argentinas que dentro. Ante la censura y la enérgica represión ejercida por la junta militar, en el exterior corrían más rápido las noticias acerca de los compañeros, amigos y familiares encarcelados, torturados y desaparecidos. En el exilio se recibía suficiente información para dimensionar las consecuencias de la violencia al momento de ocurrir, lo cual permitió realizar denuncias a nivel internacional en la mayor cantidad de medios posibles. A pesar de esto, permeaba un sentimiento de impotencia y de culpabilidad entre muchos exiliados, por conocer las atrocidades llevadas a

---

<sup>16</sup> Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli, óp. cit., p. 56.

cabo impunemente en su país sin poder actuar de forma directa para contrarrestarlas. Dicho pesar recaía con más fuerza entre las personas que habían pertenecido a grupos guerrilleros y ahora vivían en medio de una aparente “comodidad”, para los ojos externos, o al menos, sin sufrir persecuciones.

Además de estar bien informados, los exiliados pudieron discutir con amplitud y libertad muchos de los temas prohibidos en Argentina. Los espacios de debate abarcaban desde las pláticas de comida dentro de las casas y los asados de fin de semana, hasta las asambleas públicas en los locales de la CAS y el COSPA.

Una de las principales polémicas de los primeros años giraba en torno a evaluar la pertinencia de la continuidad de organizaciones guerrilleras como Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, fracción armada del Partido Revolucionario de los Trabajadores, esto frente a la agresiva represión por parte de los militares y a la dispersión en el exilio de sus principales dirigentes (todos aquellos que no habían sido asesinados o desaparecidos). Como respuesta a tales cuestionamientos, Montoneros tachaba a los detractores de “derrotistas” e insistían en un posible rearme en el exilio para derrocar a la dictadura. Esta idea fue llevada a cabo en 1979, al episodio se le conoció como la Contraofensiva, un intento de guerra de baja intensidad para el que un reducido grupo de militantes Montoneros regresó a la Argentina pretendiendo realizar acciones armadas que desestabilizaran a la dictadura y le mostraran a la población que era posible movilizarse nuevamente. Las consecuencias fueron desastrosas, puesto que la mayoría de los participantes resultaron aniquilados.

Los debates en el exilio trataban de hacer un balance amplio de la historia reciente, llegando a cuestionar incluso si, en primer lugar, fue una buena estrategia elegir la lucha

armada como vía para lograr la revolución en Argentina, lo que ponía en entredicho gran parte de la historia guerrillera latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX.

También fueron arduamente discutidos los temas de las violaciones a los derechos humanos y el surgimiento de la figura del “desaparecido”, la cual hasta antes de 1976 no existía como denominación social, jurídica ni política. Genéricamente, a todas las víctimas militantes se les llamaba “caídos” o “reventados” y se creía que, en caso de no haber sido asesinados, se encontrarían prisioneros en centros de detención clandestina. Con el paso del tiempo, al ver que esto último se tornaba cada vez más improbable, los esfuerzos se enfocaron en descifrar los métodos de exterminio utilizados por la junta militar y en intentar contabilizar el número de víctimas a medida que iban recibiendo información del interior de Argentina o recopilaban noticias en el extranjero.

Otros temas que causaron gran polémica fueron la redefinición del peronismo después del golpe de Estado, la discusión de si la democracia era el camino a seguir tras la caída de la dictadura y la validez de la declaración de guerra hecha por los militares argentinos a Inglaterra en reclamo de las islas Malvinas, territorio en disputa desde más de un siglo atrás.

El hecho a destacar es que los exiliados encontraron en México un contexto de mayor apertura a la discusión y a la organización política de lo que era posible al interior de la dictadura. Por medio de debates y asambleas lograron definir una postura informada respecto a cada uno de los sucesos ocurridos en su país, además de tener las condiciones adecuadas para comenzar una revisión a fondo de la historia argentina reciente. Esto último se refleja en la novela *Qué solos se quedan los muertos*, de Mempo Giardinelli, en donde el personaje principal, José Giustozzi, hace un recuento del pasado violento que vivió su

generación y que, en cierto modo, llevó a muchos de ellos a inclinarse por la guerrilla como forma de acción política.

### **1.3 La “campana antiargentina” ¿un plácido exilio?**

Durante el tiempo que duró la dictadura, el gobierno militar argentino se empeñó en denunciar constantes embates de difamación en su contra. A estos supuestos ataques los denominó como una “campana antiargentina” fraguada desde el extranjero por los exiliados, a quienes, en gran medida, culpaban de haber provocado la violencia en el país para luego huir a otras tierras en donde vivían cómodamente. Los reclamos de justicia desde el extranjero lograron que los organismos internacionales de derechos humanos visitaran Argentina en 1979. En respuesta, los publicistas de la dictadura crearon el contradictorio slogan “Los argentinos somos derechos y humanos”.

La mala imagen de los exiliados dentro de su patria fue una preocupación constante para quienes vivían en México, y en todos los países de acogida, pues, de esta forma, la labor de denuncia internacional que desarrollaban como una de sus principales formas de accionar político, era distorsionada para hacerla parecer un ataque contra todo el pueblo argentino.

Por esto los exiliados trataban de hacer ver a sus familiares, y al resto de compatriotas en Argentina, que salir del país fue una decisión obligada para salvar sus vidas. En vez de estar viviendo unas largas vacaciones, como lo quería caricaturizar el gobierno, en realidad vivían un difícil proceso de adaptación cultural, económica, política y

familiar. Un tipo de trauma del que por mucho tiempo no se habló y se relaciona directamente con el estallido de la dictadura militar. Según considera Pablo Yankelevich:

[En] los altos círculos del Estado nunca se articuló una estrategia tendiente a coadyuvar a la reinserción de los retornados y recién en 2006, con motivo de la conmemoración del 30 aniversario del golpe, el Poder Ejecutivo emitió un pronunciamiento y ordenó acciones para reconocer, y en algunos casos condecorar, la labor de gobiernos extranjeros y organizaciones internacionales en la salvaguarda de vidas argentinas bajo la dictadura<sup>17</sup>.

Como ya hemos mencionado antes, el proceso psicológico y simbólico del exilio atravesó por una etapa de culpabilidad al sentir que se había abandonado a familiares, amigos y compañeros de militancia, esto último principalmente entre quienes pertenecían a cuadros guerrilleros. Posteriormente, la organización de la comunidad en el exilio y el apoyo brindado mutuamente, propició la formación de una fuerza política que, con todas sus limitaciones, intentaba desequilibrar el paso firme aparentado por la junta militar en sus primeros años. La principal señal de que la estrategia de denuncia desde el extranjero cumplía con su cometido era la propia acusación de la “campana antiargentina”.

## **1.4 En busca de consenso nacional: una victoria y la derrota final.**

### **1.4.1 El Mundial de 1978**

Probablemente, el periodo de denuncia contra la dictadura que más atención recibió por parte de los medios de comunicación fue el ocurrido durante el Mundial de Fútbol de 1978, evento deportivo celebrado en Argentina en plena época de represión y violencia. Los exiliados en Francia tomaron la decisión de realizar un intento de boicot contra el certamen deportivo, mientras que en México, la comunidad argentina se debatió entre sumarse al

---

<sup>17</sup> Pablo Yankelevich, óp. cit., p. 18.

boicot o mantener la línea de denuncia, empero aceptando la parte positiva que el Mundial traía consigo al cohesionar al pueblo argentino, al menos por una causa deportiva, además de poder ser una excusa para reunir públicamente a la gente y, en el futuro, volver a manifestarse en las calles. Nunca sabremos qué tanta influencia tuvo este último punto para la primera huelga general contra el gobierno de la dictadura un año después, el 27 de abril de 1979. Sin duda, las aglomeraciones suscitadas en el Mundial son un antecedente del reempoderamiento popular en este periodo.

Por demás está decir que la pasión por el fútbol no había cambiado de ninguna forma entre los exiliados durante su estancia fuera del país, esto vuelve comprensibles los sentimientos mezclados entre el repudio a la dictadura organizadora del Mundial y el deseo sincero de ver triunfar al representativo albiceleste. El punto medio por el que se decantaron la mayoría de argentinos en México consistió en aprovechar la atención que el mediático torneo fijaba en su país para condenar a la dictadura y, a la vez, apoyar a su selección de fútbol. Empero, también sabían que en caso de ganar Argentina la justa deportiva, deseo de la gran mayoría, esto podría traerles cierto provecho político a los militares golpistas, aunque para el año del Mundial ya era imposible ocultar las crecientes cifras y las secuelas de la violencia en todo el país, por lo que cualquier beneficio sería transitorio.

El torneo fue seguido puntualmente por la comunidad argentina en México, las reuniones para ver los partidos se daban en casas de amigos, restaurantes y uno de los principales centros de convivencia para el exilio, la librería Gandhi, al sur de la capital. El día de la final, entre Argentina y Holanda, después de que la selección albiceleste ganara por un marcador de 3-1 en el estadio Monumental de Buenos Aires, muchos se encontraban reunidos en dicha librería y espontáneamente iniciaron una especie de festejo mezclado con

una marcha de denuncia que, según Giardinelli y Bernetti<sup>18</sup>, salió desde Coyoacán y llegó hasta Palacio Nacional, haciendo paradas en algunos de los diarios más prestigiosos del país como *El Universal*, el *Excelsior* y *El Día*. Entre cánticos y consignas contra la dictadura, marcharon por horas, en lo que probablemente fue uno de los días más felices del exilio, donde pudieron olvidar por algunas horas su condición de destierro o, quizás, por esa misma condición, el festejo fue tan apasionado. Con esto, la dictadura parecía lograr la cohesión pretendida a dos años de su gobierno golpista, incluso entre los exiliados.

#### **1.4.2 La guerra de las Malvinas**

La mañana del 2 de abril de 1982, la comunidad de exiliados despertó con gran desasosiego, las llamadas telefónicas que se hacían, primero entre ellos, y después a los familiares y amigos en Argentina, buscaban confirmar la desconcertante noticia de la que algunos se habían enterado en México: las tropas argentinas desembarcaban en las islas Malvinas para recuperarlas, después de la invasión británica en 1833. La junta militar, en ese momento al mando del comandante y presidente Leopoldo Fortunato Galtieri, le declaraba la guerra al Reino Unido con esta acción.

Las Malvinas habían sido una herida punzante en el pueblo argentino desde mucho tiempo atrás y este movimiento repentino parecía ser el segundo intento de los militares por homologar los ánimos de la población. A diferencia de lo ocurrido en el Mundial de Fútbol, esta vez el resultado sería una derrota contundente. En las postrimerías de lo que ya se empezaba a vislumbrar como el final de la dictadura, y por ende del exilio, la guerra de las Malvinas se planteaba como una acción desesperada de supervivencia.

---

<sup>18</sup> Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli, óp. cit., p. 157.

Los argentinos en México se vieron nuevamente atrapados entre posiciones encontradas, pues consideraban legítimo el reclamo sobre las islas Malvinas, pero a través de una declaración de guerra inadecuada. Durante los poco más de dos meses que duró la guerra (hasta el 14 de junio) el exilio incrementó las reuniones de balance y acción frente al conflicto, la mayoría de las cuales se realizaron en el local de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS).

La ventaja de tener fuera del país mayor cantidad de fuentes de información, como ya lo hemos dicho antes, les permitía hacer una lectura más objetiva de las acciones de guerra ocurridas. Pues la subjetividad patriótica de los medios de comunicación alineados a la dictadura se empeñó en interpretar hasta el último momento que el ejército argentino ganaba la guerra. En el exterior se podía acceder a la prensa europea, a la mexicana y a la de los bandos en conflicto, además de las frecuentes llamadas a amigos y familiares dentro de Argentina. Mientras que al interior del país el gobierno se encargaba de desplegar un fuerte aparato publicitario asegurando la victoria. En los meses que duró la guerra se podían leer titulares como: “Vimos rendirse a los ingleses”, “Vamos ganando la guerra” o, ya frente a la predecible derrota, “Seguimos ganando”<sup>19</sup>. Las posiciones asumidas en el exilio fueron variadas, mientras que en algunos surgía un sentimiento exacerbado de nacionalismo, otros veían la guerra con desconfianza.

La derrota aplastante sufrida por el ejército argentino en las Malvinas fue el comienzo de la debacle de la dictadura militar, su imagen no se pudo recuperar de ese duro golpe y su fuerza política tanto en el interior, como a nivel internacional, quedó severamente disminuida. La noticia de la derrota no resultó tan impactante en el exilio como en Argentina, pues la comunidad en México había seguido las noticias del derribo de

---

<sup>19</sup> Portadas de la revista *Gente y la actualidad*, publicadas entre abril y mayo de 1982.

aviones, el hundimiento de buques y la captura de soldados argentinos por parte de los ingleses. El fracaso se fue volviendo inminente a medida que pasaban los días. Con la posibilidad del regreso de la democracia a Argentina, se comenzó a visualizar el final del destierro.

### **1.5 El largo adiós**

Cuando en 1983 se hizo el llamado a los partidos políticos para organizar elecciones democráticas en Argentina, el exilio empezó a preparar su regreso. La vuelta a la patria añorada despertó sentimientos encontrados, después de poco más o menos siete años de haber vivido en tierras mexicanas, muchos habían tendido lazos afectivos con el país y con el pueblo que los acogió. Si bien hubo gente que nunca logró adaptarse y durante su exilio tuvo la vista fija en el sur, muchos habían hecho una nueva vida lejos del peligro de la dictadura. Habían conseguido nuevos amigos, vecinos, colegas de trabajo, compañeros de escuela, a veces desempeñando el mismo tipo de labores que en su país y otras realizando actividades que no se habrían imaginado antes. En el exilio mucha gente hizo sus estudios universitarios, otros tuvieron hijos, se casaron, se divorciaron, pusieron negocios, escalaron en sus puestos de trabajo, etc.

A la par de la alegría despertada por la posibilidad del regreso, también se debía encarar la pérdida de la vida construida en México. Volver al país significaba enfrentarse a una nueva alteración de lo cotidiano, a otro gran cambio, a un proceso de reconocimiento de su espacio y de readaptación a la vida diaria. Se regresaba con el miedo a la posibilidad de otros intentos de los militares por tomar el poder, lo cual traería rebrotes de violencia en

los que quedarían una vez más en situación de perseguidos políticos. Asimismo, tendrían que sobrellevar la desconfianza con que se les veía en Argentina, una secuela del descrédito causado por las acusaciones de la “campana antiargentina”, la cual, en muchos sentidos, había sido una campana antiexiliados.

La comunidad argentina en México le puso fin al exilio el día 10 de diciembre de 1983, la misma fecha en que Raúl Alfonsín asumió el cargo de presidente de Argentina, marcando con ello el regreso de la democracia al país sudamericano. Tras esta fecha, algunos se fueron de México para nunca volver, otros decidieron quedarse definitivamente y algunos tantos permanecieron yendo y viniendo de forma intermitente.

Finalmente, baste quedarnos con la forma en que Bernetti y Giardinelli describen esta etapa de despedida: “Cada compatriota retornado era un pedazo de nuestra historia colectiva que se trasladaba al lugar de pertenencia, pero abandonando el que trabajosamente habíamos construido todos como lugar de refugio en esos años”<sup>20</sup>. Regresar del exilio fue como desarmar un rompecabezas, pieza por pieza, para trasladarlo a un lugar donde nunca más sería rearmado.

---

<sup>20</sup> Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli, óp. cit., p. 182.

## CAPÍTULO 2

### Literatura y exilio argentino

El exilio ha sido una de las partes constitutivas de la historia de América Latina desde la formación de los Estados-nación y a lo largo de todo el siglo XX, esto equivale a poco más de doscientos años de práctica del destierro como mecanismo de control político. La tradición del exilio en nuestro continente se ha convertido en una forma normalizada de hacer política, y de sufrirla, para la que los gobernantes, estadistas, diplomáticos y líderes sociales han debido prepararse. En el caso concreto de Argentina, durante la época del *rosismo* (1829-1852), se decía que cualquier opositor al régimen quedaba a la deriva de los tres “erros”: el encierro, el destierro o el entierro<sup>1</sup>. Hecho que posiciona históricamente al exilio a la par de las ejecuciones y los encarcelamientos como dispositivo de contención social. El presente capítulo se enfoca en señalar la manera en que ha influido el exilio en la literatura argentina, ya sea como tema central o como detonante de la escritura en sus múltiples formas (y del quehacer artístico en general).

Hablar de literatura, en cierto sentido, podría ser equivalente a hablar de exilio. Algunas posturas sobre la escritura sostienen que, este acto en sí, es una forma de exilio

---

<sup>1</sup> Félix Luna, *Historia general de la Argentina*, p. 202.

respecto de la realidad circundante. La condición de soledad del escritor resulta menester, la mayoría de las veces, para desarrollar la labor literaria. El exilio simbólico parecería el requisito fundamental de toda literatura.

Sin embargo, en un plano más concreto, podemos hacer una división general de la literatura del exilio en dos grandes rubros, aquellas obras escritas *en* el exilio y las que hablan *sobre* el exilio, aunque no necesariamente hayan sido creadas en el destierro (este segundo apartado se refiere al llamado exilio interior que vivieron figuras como el cubano José Lezama Lima en sus propios países). Ciertamente, estas dos variables aparecen unidas la mayoría de las veces en autores que escriben desde y sobre el destierro (como será el caso de las obras de Mempo Giardinelli analizadas en el siguiente capítulo).

Muchos son los nombres de escritores exiliados que podríamos citar a lo largo y ancho de América Latina, entre ellos se encuentran: Juan Gelman, Julio Cortázar, Juan José Saer, Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano, Tomás Eloy Martínez, Humberto Costantini, Eduardo Galeano, Augusto Roa Bastos, Antonio Skármeta, Isabel Allende, Reynaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla, Alfredo Bryce Echenique y un largo etcétera de nombres que, de intentar nombrarlos a todos, conformarían una lista abrumadora. Algunos de ellos son considerados como exiliados culturales, es el caso de Gabriel García Márquez, Julio Ramón Ribeyro o José Donoso quienes salieron de sus países para trabajar en puestos diplomáticos, editoriales, periódicos o en cualquier ámbito relacionado con el trabajo artístico. El hecho es que todos ellos pasaron largas temporadas alejados de su país de nacimiento, lo cual, sin duda, ha dejado una huella indeleble en sus obras, pues el alejamiento brinda una visión más objetiva de lo que antes era cotidiano. Mucha de la literatura latinoamericana no habría existido de no haberse atravesado la experiencia del exilio.

Una de las primeras cuestiones sobre este tipo de literatura es el grado de influencia del país de acogida en la obra, no importando que no se hable de éste directamente. Un ejemplo del debate sobre este tema, lo encontramos en la obra de Julio Cortázar, la cual está situada primordialmente en Argentina, no obstante haber sido escrita en París. El autor de *Todos los fuegos el fuego* se defendía de quienes lo acusaban de carecer de argentinidad:

No necesito estar en este momento mismo en Buenos Aires para sentir, con los sentidos interiores, el olor de las calles de Buenos Aires, el sonido que tiene la ciudad [...] me he traído Buenos Aires a París, de la misma manera que cuando viajaba a la Argentina y estaba en mi casa de Buenos Aires, de golpe pensaba en París y, bueno, París estaba ahí conmigo, me envolvía.<sup>2</sup>

Con una mirada transfronteriza, Cortázar sostenía haber creado una obra profundamente latinoamericana y argentina desde la distancia.

Por otro lado, una de las particularidades más tangibles de escribir en el exilio está asociada a la recepción de la obra, tanto en la patria del escritor como en el país de acogida. Ángel Rama, en su ensayo “La riesgosa navegación del escritor exiliado” (1978), reflexiona sobre los diferentes públicos a los que se enfrenta un creador fuera de su país<sup>3</sup>. El primero de ellos está constituido por los habitantes del lugar al que se llega, éste se caracteriza por ser el más amplio en un primer momento, en nuestro caso de estudio serían los mexicanos; el segundo se integra por la propia comunidad de exiliados compatriotas, es decir, los argentinos viviendo en México; y finalmente, el tercer público es el de los otros países viviendo en el mismo lugar que el escritor, también expulsados de sus patrias, la comunidad de exiliados latinoamericanos con la que se relacionaban muy de cerca los argentinos.

El escritor puede decidir dirigirse exclusivamente a uno solo de los tres públicos o intentar abarcar a todos ellos, la forma de hacerlo está dada por las temáticas, el género y el

---

<sup>2</sup> Karl Kohut, *Escribir en París*, pp. 214-15.

<sup>3</sup> Ángel Rama, “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, en *Nueva sociedad*, No. 35, marzo-abril 1978, pp. 12-14.

registro lingüístico elegidos. No nos referimos únicamente a intercambiar una palabra por otra (aguacate-palta, amigo-parcero, pereza-fiaca, etc.), sino a los desplazamientos semánticos y a la influencia que pueden tener en la construcción literaria. Las palabras usadas en una frase también tienen una carga emocional variable, dependiente de la comunidad a la que se dirigen. Rama lo señala de esta forma:

[...] la nueva situación polivalente del escritor con respecto a sus públicos tiende a propiciar nuevas soluciones para la construcción literaria. [...] Lo nuevo es el desafío a su creación que establece la situación del escritor exiliado, quien ya no está hablando desde la convivencia con esa cultura en que nació y se formó, sino desde el centro de un haz de fuerzas que registran divergencias.<sup>4</sup>

La capacidad de adaptación al entorno definirá muchas veces el grado de influencia sobre la obra. En el caso del autor chileno Roberto Bolaño, éste no se denominaba exiliado, a pesar de haber vivido fuera de su país la mayor parte de su vida (primero en México, después en Barcelona), por el contrario, renegaba de la nostalgia expresada por muchos latinoamericanos. La conceptualización de frontera geográfica no existía para él. En una conferencia dictada en Viena, el autor de *Los detectives salvajes*, refiere a su amigo Mario Santiago para dar a entender que los países no existen y que las únicas fronteras respetables son las del amor, el miedo, la ética y la familia. Casi al final de la charla resume su postura diciendo lo siguiente: “¿Se puede tener nostalgia por la tierra donde uno estuvo a punto de morir? ¿Se puede tener nostalgia de la pobreza, de la intolerancia, de la prepotencia, de la injusticia? [...] Para el escritor de verdad su única patria es su biblioteca, una biblioteca que puede estar en estanterías o dentro de su memoria. [...] mi patria es mi hijo y mi biblioteca”<sup>5</sup>. Ya sea que Bolaño genuinamente no creyera en el exilio, estas reflexiones son formuladas a raíz del alejamiento de su patria y eso es, ya en sí, una influencia sobre su

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 13.

<sup>5</sup> Roberto Bolaño, “El exilio y la literatura”, p. 43.

obra, como sobre la de todos los desterrados latinoamericanos a los que hemos referido, pues ¿qué es el exilio, sino un cruce forzado de fronteras?

Llegados a este punto, se vuelve preciso hablar de la relación entre exilio y literatura argentina, para aterrizar la discusión a la experiencia mexicana y a las novelas de Mempo Giardinelli que aquí nos ocupan.

Una vez identificada esta necesidad, podemos decir que el exilio ha formado parte de la literatura argentina desde su origen. Al hacer un recuento histórico, es común resaltar que el *Facundo*, de Faustino Sarmiento, fue escrito en el exilio y el *Martín Fierro*, de José Hernández, trata la historia de un gaucho desterrado. En este sentido, no podemos dejar pasar el hecho de que una de las obras cumbre de la literatura argentina del siglo XX, *Rayuela*, de Julio Cortázar, está dividida en tres partes con una marcada distinción espacial: “Del lado de allá”, “Del lado de acá” y “De otros lados”. Siendo especialmente significativa la primera de ellas, la transcurrida en París, puesto que el déictico “allá” denota la condición de extranjería que probablemente Cortázar nunca dejó de sentir en Francia. La historiografía también ha realizado lecturas en el mismo tenor, baste recordar dos de los ocho volúmenes de la *Historia de la literatura argentina*, de Ricardo Rojas, que llevan el título de “Los proscriptos”, en donde enumera gran cantidad de literatos exiliados durante el siglo XIX, muchos de los cuales son considerados hoy como los pilares de la literatura argentina.

Juan José Saer refuerza esta propuesta diciendo: “en la Argentina el exilio de los hombres de letras [...] es casi una tradición. Toda la literatura argentina del siglo XIX ha sido escrita por exiliados”<sup>6</sup>. Lo cual es una clara muestra de que en el país sudamericano, y

---

<sup>6</sup> Juan José Saer, “Exilio y literatura”, en *El concepto de ficción*, p. 268.

en todos los países de América Latina, la situación de los escritores es al menos “incierta” y “problemática”.

Esto se puso de manifiesto durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), cuando muchos intelectuales debieron escapar de su país para salvar sus vidas, algunos siguiendo una ruta contraria a la que sus antepasados migrantes habían tenido que transitar para echar raíces en América. La literatura escrita durante este periodo de exilio conformó un corpus muy vasto, más diverso que uniforme, en el que quedaron marcadas las preocupaciones y momentos de dificultad experimentados por gran cantidad de argentinos.

La lengua fue un espacio simbólico imprescindible durante este periodo a la que los exiliados se aferraron para intentar reconstruir su nacionalidad fragmentada. En esta tentativa encontraron una identificación más allá de las fronteras de un solo país, ampliando su visión del mundo y adoptando, muchas veces, la lengua como nueva patria; lo que en el capítulo anterior llamamos “desprovincialización”<sup>7</sup> del exilio. Acerca de esto, Tununa Mercado observa:

En ese vagabundeo por el mundo que no fue una elección aunque a la larga podría demostrarse que lo era por instinto de vida, sino que fue el efecto de circunstancias políticas adversas, lo que se plasmó y arraigó en realidad fue la lengua, principal condensadora de la escritura. La lengua en que escribo, el español, es porosa, no se abroquea detrás de una coraza purista, sino que deja circular en su interior partículas que la han penetrado en los sitios en que le tocó convivir con otras culturas en español, especialmente en México.<sup>8</sup>

Sin embargo, aquello que podemos llamar “literatura del exilio argentino” no se apega exclusivamente al periodo de inicio y fin de la dictadura, va más allá, puesto que algunos escritores encontraron las condiciones adecuadas para su producción literaria hasta después de haber terminado el conflicto y ya de vuelta en su país, lo que hace imposible

---

<sup>7</sup> Término tomado de Jorge Luís Bernetti y Mempo Giardinelli, en el libro *México, el exilio que hemos vivido*.

<sup>8</sup> Tununa Mercado, “Escritura y exilio”, en *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*, p. 121.

una datación concreta. El tema no queda cerrado con la reinstauración de la democracia en Argentina (1983), por el contrario, debió pasar largo tiempo para empezar a hablar abiertamente de ello y, mucho más, a fin de reconocer como afectados del terrorismo de Estado a quienes salieron de su patria<sup>9</sup>. Un claro síntoma de lo anterior es el hecho de que en la actualidad se sigue editando y reeditando literatura acerca del exilio<sup>10</sup>, lo que lo vuelve una herida punzante.

Hablando específicamente de literatura del exilio en México, la producción ha sido bastante fecunda, dado que algunos escritores y escritoras radicados en el país, a partir de 1974, han dejado una huella profunda tanto en el campo cultural argentino como en la literatura de habla hispana. Entre los escritores que se exiliaron en México podemos mencionar a: Humberto Costantini, Luisa Valenzuela, Juan Gelman, Noé Jitrik, Miguel Bonasso, Rolo Díez, David Viñas, Tununa Mercado, Carlos Ulanovsky, Pedro Orgambide y Mempo Giardinelli, por citar tan sólo algunos nombres.

Unos años después de haber terminado la dictadura, en una conferencia leída en Alemania, Noé Jitrik sostiene que en algún momento del exilio llegaron a coincidir por lo menos cuarenta argentinos “que poseían una práctica literaria” en México, de los cuales diecisiete habían publicado uno o dos libros antes de salir de su país y seis de ellos

---

<sup>9</sup> No fue sino hasta 2004 cuando las Leyes Reparatorias reconocieron al exilio forzado como una falta hecha por el Estado argentino que debía indemnizarse. La ley 24.043, puesta en funcionamiento desde enero de 1992, contemplaba la obligación por parte del gobierno de otorgar indemnizaciones a ex-detenedos, familiares de desaparecidos e hijos que padecieron estas situaciones desde el derrocamiento del presidente Juan Domingo Perón, en 1955, y con especial énfasis a partir de la última dictadura en el país (1976). Sin embargo, no fue hasta el año ya mencionado en que se reconoció el exilio para salvar la vida (sin haber sido detenido) como una de las modalidades que debían ser indemnizadas, esto gracias a la causa interpuesta por Susana Yofre de Vaca (madre del ex-dirigente Montonero Fernando de Vaca Narvaja), quien debió exiliarse en México con el resto de sus hijos, durante toda la dictadura, tras el asesinato de su esposo Miguel Hugo Vaca Narvaja y otro de sus hijos, del mismo nombre.

<sup>10</sup> Como ejemplo de esto baste mencionar la reciente reedición en Argentina de la novela de Noé Jitrik, *Limbo* (1989), realizada por la editorial Final Abierto (2017); o la novela de Sergio Schmucler, *El guardián de la calle Ámsterdam*, publicada en México en 2014 por la editorial Elefante.

obtuvieron premios tras su regreso, puesto que durante el conflicto prácticamente nadie pudo publicar en Argentina. Jitrik no enlista los nombres de los escritores a los que se refiere, sin embargo, menciona que “el exilio argentino en México, tuvo una especie de florecimiento productivo”<sup>11</sup>.

Tan importante fue la identificación suscitada alrededor del exilio latinoamericano, que en 1980 la comunidad argentina organizó una feria del libro del exilio en México, juntando la producción literaria de refugiados de diversos países y, asimismo, poniendo al alcance de los asistentes libros escritos en otros lugares de acogida, como Francia y España.

Escribir en el exilio trajo consigo algunas problemáticas que ponían en crisis la producción literaria. Al estar descentrados de su contexto cultural, surgió en los escritores una serie de cuestionamientos que inevitablemente dejaban huella en su trabajo, algunas de estas preguntas fueron ¿sobre qué escribir?, ¿en qué registro lingüístico hacerlo, en el argentino o en el mexicano, para qué y para quién crear? Y sobre todo, se buscaba responder la pregunta que giraba permanentemente en el aire ¿por qué?... ¿Por qué habían tenido que abandonar su patria? Este cuestionamiento se realizaba en dos sentidos, en primer lugar, de manera personal, intentando comprender qué fue lo que los había llevado a alejarse de su país, de su familia y de sus amigos, sin entender si eso que hicieron merecía una medida tan drástica; y en segundo lugar, la misma pregunta se formulaba con una intención más amplia, a nivel social, ¿qué ocurrió para que fracasara la utopía y el proyecto de nación que pretendían construir? Así, muchos de los textos producidos fuera de Argentina constituyen una reflexión profunda sobre su propia condición de exiliados, algunos de ellos escritos en formas narrativas tradicionales y otros partiendo de la

---

<sup>11</sup> Noé Jitrik, “La literatura del exilio en México (aproximaciones)”, *La literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*, p.159.

experimentación con los silencios, la indeterminación y la elipsis para abordar el tema desde múltiples puntos. Revisaremos con detenimiento esta última estrategia en la novela *El cielo con las manos* (1981), en donde el protagonista elimina la parte conflictiva de sus recuerdos (su salida al exilio y los motivos que tuvo para ello), ocupando el espacio narrativo con las memorias de su adolescencia.

Los cruces entre planos temporales y espaciales están muy presentes en la literatura del exilio, muchos de los personajes se encuentran atrapados en una especie de *Limbo*<sup>12</sup>, haciendo alusión a la novela de Noé Jitrik con este nombre, en donde se reconoce la obligación de llevar a cabo un desplazamiento territorial forzado, el cual deja una marca temporal imborrable. Tras el exilio todo se divide en un *antes* y un *después*, utilizando casi exclusivamente el presente para recordar o proyectar a futuro. El *antes* está lleno de nostalgia y añoranza de la vida en Argentina, muchas veces idealizada por la distancia. En este espacio imaginario resurgen viejos recuerdos generalmente asociados a la infancia y a la juventud, pero con ellos también vuelven imágenes de la violencia y la represión, previo a y durante la dictadura. Mientras que el *después* es lo desconocido, la llegada a la tierra de acogida en donde se ponen a prueba las capacidades de adaptación y supervivencia de cada uno, son las nuevas amistades, trabajos y estilos de vida, alejados de los viejos amigos y familiares, pero con la ventaja de poder desarrollarse en relativa libertad; este “espacio de ajenidad es el que recuerda permanentemente la extranjería; las marcas en el paisaje no evocan en principio ningún recuerdo, no hay huellas de una historia propia en el nuevo lugar”<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Noé Jitrik, *Limbo*. México: Era, 1989.

<sup>13</sup> Sandra Lorenzano, “Testimonios de la memoria. Sobre exilio y literatura argentina”, en *México, país refugio. La experiencia de los exiliados en el siglo XX*, p. 335.

Este *antes y después*, igualmente se relaciona con los temas de la memoria y el olvido. Existe un gran temor de olvidar el *antes*, todos los recuerdos del pasado en Argentina. Surge un miedo a cambiarlos por el *después* en el que se constituye poco a poco la cotidianidad del nuevo país de residencia. El temor a olvidar el pasado, y con ello las convicciones políticas, fue una obsesión que provocó culpa y tristeza en los exiliados.

En los casos de *El cielo con las manos* y *Qué solos se quedan los muertos* (1985), las novelas que nos ocupan en este trabajo, podemos seguir dos caminos distintos en términos de interpretación del tiempo y el espacio en los que transitan los protagonistas. En el primer texto, como ya hemos mencionado brevemente, el narrador mira con nostalgia su pasado en el Chaco, olvidando casi por completo su residencia en la Ciudad de México, los recuerdos de su infancia y adolescencia en los que vivía enamorado de Aurora, opacan casi por completo su condición de exiliado, mientras le relata sus memorias a su amigo mexicano, Jaime. El protagonista prefiere mantenerse atrapado en el *antes*, urdiendo todo tipo de artimañas narrativas para evitar llegar al *después*, es decir, el presente en donde recién se ha reencontrado con Aurora en las calles de la ciudad y en el que se ha dado cuenta que su amor quedó atrapado en el espacio imaginario constituido por la Argentina del pasado: “Todo aquello, ahora, de repente se me hace difícil revivirlo ordenadamente. Quizá porque me llena de nostalgias, quizá porque sigo empeinado en detener el tiempo”<sup>14</sup>. Su narración se articula como un mecanismo para contener el paso del tiempo.

Entretanto, en *Qué solos se quedan los muertos*, el protagonista José Giustozzi vive mejor adaptado a México, se jacta de imitar el habla de los mexicanos en repetidas ocasiones y de conocer las normas de comportamiento imperantes. Si bien está alejado del resto de la comunidad de exiliados argentinos, su *después* del exilio, o sea, el presente, lo

---

<sup>14</sup> Mempo Giardinelli, *El cielo con las manos*, p. 49.

vive con relativa calma, hasta el momento en que recibe la llamada de Carmen Rubiolo, la cual viene a darle un vuelco a su vida. El *antes* es el que le resultará conflictivo, puesto que tras la muerte de Carmen, el pasado será motivo de una reflexión punzante y profundamente crítica donde se cuestiona todo lo ocurrido a lo largo de su vida; su juventud no es vista con nostalgia, sino con resentimiento contra el sistema que crió a toda su generación en medio de la violencia y la intolerancia, para, más tarde, expulsar a la gran mayoría por no saber qué hacer con ellos: “[...] me preguntaba yo, errando por callejas y portales ¿por qué nos iba a condenar la historia, Carmen, por qué nos condenaba la vida, ahora?”<sup>15</sup>. En *Qué solos se quedan los muertos*, Argentina se vuelve una tierra imaginaria llena de dolor, muerte y desesperanza.

En los ejemplos anteriores igualmente podemos encontrar, en mayor o menor medida, tres características de la literatura del exilio a las que José Luis de Diego<sup>16</sup> alude en la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik<sup>17</sup>. La primera de ellas es que en este tipo de literatura hay una tendencia a reflexionar sobre el propio exilio como uno de los ejes que guían los hilos narrativos de las ficciones; la segunda es un proceso de modificación de los personajes por su convivencia con el país de acogida; y el tercero, refiere a la redefinición del campo artístico y cultural de los personajes alejados de su contexto natural.

En lo que respecta al narrador de *El cielo con las manos*, hay unas cuantas referencias directas a su cualidad de exiliado, pero, en general, la elusión del tema y el uso de la elipsis para evitar una confrontación definitiva con su situación actual es la que marca

---

<sup>15</sup> Mempo Giardinelli, *Qué solos se quedan los muertos*, p.92. Se respetan las cursivas del original.

<sup>16</sup> José Luis de Diego, “Relatos atravesados por los exilios”, p. 440.

<sup>17</sup> Resulta muy interesante que en una historia de la literatura argentina contemporánea se tome en cuenta el fenómeno del exilio como una de sus partes constitutivas. Esto puede estar asociado a que el propio Noé Jitrik, director de la colección, estuvo exiliado en Francia y México durante muchos años.

el complejo proceso de su exilio, el personaje vive una negación permanente. Por el contrario, en *Qué solos se quedan los muertos*, hay una mención constante a la condición de exiliado y la antigua militancia del protagonista. La reflexión que realiza es propiciada por su posición de extranjería en un espacio ajeno, México modifica profundamente al personaje.

José Luis de Diego, asimismo identifica una serie de temas que permean a la literatura del exilio, entre ellos se encuentran: la pérdida, el extrañamiento frente a lo nuevo, la reinterpretación del pasado y una denuncia catártica de los causantes de su destierro<sup>18</sup>. Noé Jitrik, por su lado, hace especial énfasis en el tema de la pérdida, todo aquello que se abandona y de lo que el exiliado debe despojarse en términos temporales, espaciales, familiares, sociales y hasta en lo más cotidiano, como una casa, libros, muebles, ropa, etc.:

Este es un tema del exilio: la pérdida, aquello de que nos despojaron; nos despojaron de un lugar, nos despojaron de una historia, nos apartaron de lo nuevo que surgía, pero también de la cama, de la vajilla y de tantas otras infinitas nimiedades, nos obligaron a inventarnos un nuevo interés por las cosas cuando pensábamos que nuestro interés por las cosas poseía ya una forma definitiva<sup>19</sup>.

José Giustozzi parece no extrañar realmente nada de Argentina, salvo a Carmen Rubiolo, es por ello que, una vez que muere, él se da cuenta de todo lo que ha abandonado al salir de su país, el peso del *antes* cae sobre sus hombros y simbólicamente se ve obligado a llevar consigo a sus muertos, mientras recorre Zacatecas para dar con los asesinos de Carmen:

Y ahora que la muerte de Carmen me ha removido todo y me ha metido en esta especie de laguna estigia de lamentaciones y dolores, advierto que esto que redacto [...] es sólo un necesario desahogo, una indispensable reflexión alrededor de la idea

---

<sup>18</sup> José Luis de Diego, óp. cit., p. 440.

<sup>19</sup> Noé Jitrik, “La literatura del exilio en México (aproximaciones)”, *La literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*, p. 166.

de que son los muertos [...] los que sufren y pierden, porque para ellos se acaba todo y entran en el olvido, en la soledad, en el gran silencio.<sup>20</sup>

Para el protagonista de *El cielo...*, el amor de Aurora también es conflictivo, pero este personaje no resiente las pérdidas, pues en realidad está atado al pasado sin pensar demasiado que vive otra realidad. La pérdida más grande que experimenta el protagonista ocurre estando ya en el exilio, cuando después de muchos años logra volver a ver a Aurora en la Ciudad de México y comprende que lo que creía sentir por ella, pertenece al plano del pasado: “Pero a mí me sirvió para entender que la Aurora de carne y hueso que había reencontrado [...] era un ser inexistente. Que yo había inventado su memoria, como ella, seguro, me había inventado a mí”<sup>21</sup>. En ese momento parece darse cuenta de la pérdida de su inocencia, de su casa en el Chaco, de sus amigos, de su madre y de su patria. Y aunque no vuelve a ver a Aurora, porque ella muda su exilio a Europa, el protagonista ya no puede volver a ser el mismo. Probablemente después de esto se encuentra un poco más sólo, más viejo e inevitablemente desarraigado.

Finalmente, baste retomar la inquietud de Noé Jitrik por insertar a la literatura del exilio como parte de un universo más amplio, la literatura argentina, y no como una creación aislada e inconexa por haberse desarrollado fuera de los márgenes del país:

[...] la cuestión tiene mucho más interés en relación con la literatura argentina, sobre todo si se piensa en términos de ‘todo y parte’, como si lo que se hizo en México fuera por fuerza un fragmento de una entidad mayor, en la cual inscribiría su sentido. Eso permitiría hablar de la literatura del exilio en su relación con la literatura argentina, y no tan sólo en el sentido de un paréntesis, el exilio, en la obra individual de alguien que tuvo que irse, estuvo en otro sitio y regresó<sup>22</sup>.

La literatura del exilio, en realidad nunca estuvo alejada de las discusiones, problemas e inquietudes que se daban al interior de Argentina, pues, como hemos mencionado en el

---

<sup>20</sup> Mempo Giardinelli, *Qué solos se quedan los muertos*, pp. 102-103.

<sup>21</sup> Mempo Giardinelli, *El cielo con las manos*, p. 124.

<sup>22</sup> Noé Jitrik, óp. cit., p. 165.

capítulo anterior, refiriéndonos a la historia del exilio en México, siempre hubo un afán por mantenerse al día en los sucesos que iban ocurriendo durante la dictadura, incluso, la mayoría de las veces, se estaba mejor informado en el exterior que en el interior. Sin embargo, es necesario añadir a la propuesta de Jitrik, que este tipo de literatura también debe ser considerada, en algún punto, como parte del universo cultural mexicano, pues lleva en su seno la paradoja de todo exiliado, la cual consiste en no ser completamente de aquí, ni de allá; no pertenecer del todo a un lado o al otro; ya un poco argentina, ya un poco mexicana.

## CAPÍTULO 3

### Memoria y olvido en dos novelas de Mempo Giardinelli

#### 3.1 Introducción al corpus de estudio

Mempo Giardinelli (1947), originario del Chaco, Argentina, fue uno de los cientos de intelectuales perseguidos y expulsados al exilio durante la última dictadura militar en el país sudamericano (1976-1983). Fijó su residencia en México durante nueve años (1976-1984), en donde desempeñó principalmente las labores de periodista y docente. En términos literarios, este destierro resultó muy prolífico, puesto que en el periodo mencionado publicó cinco libros: *La revolución en bicicleta* (1980), *El cielo con las manos* (1981), *Vidas ejemplares* (1982), *Luna caliente* (1983) y *¿Por qué prohibieron el circo?* (1983)<sup>1</sup>. Además, comenzó a escribir la novela *Qué solos se quedan los muertos*, en el mismo año

---

<sup>1</sup> Esta última novela se publicó en México por la Editorial Oasis, sin embargo fue escrita una década antes (1973) y presentada en un concurso literario organizado por el periódico argentino La Opinión, en el cual obtuvo una mención honorífica. Posteriormente, en 1976, la editorial Losada estuvo a punto de sacar una primera edición, misma que fue decomisada y quemada por la dictadura militar por ser considerada como subversiva. Oficialmente la primera edición es la aparecida en México, en 1983. Recién en 2014, la editorial Edhasa reeditó este texto en Argentina, lo cual lo convierte en la primera publicación en su país de origen, cuarenta y un años después de haber sido escrito.

1983 (todavía en el exilio), la cual sería publicada en 1985, un año después de regresar a Argentina.

De este cúmulo de novelas, dos son las que abordaremos en el presente trabajo, *El cielo con las manos* y *Qué solos se quedan los muertos*, por tener como tema central el exilio y a algunos otros personajes argentinos viviendo esta situación en México.

*El cielo con las manos* fue escrita entre julio de 1978 y noviembre de 1979, en Bruselas y el Distrito Federal, México, según dicta una nota al final del libro, pero no fue hasta 1981 cuando se publicó en New Hampshire, Estados Unidos, por la editorial Ediciones del Norte. Esta novela es un monólogo en donde un periodista anónimo le cuenta sus historias de adolescencia, en el Chaco, a su amigo mexicano Jaime (principal escucha, mas no su interlocutor en la historia). El narrador argentino se halla exiliado en la Ciudad de México, sin embargo, vive atrapado en los recuerdos de su primer amor, Aurora, sin poner mucha atención al presente; no es sino hasta que relata su encuentro con ella, en las calles de la Ciudad de México, cuando empieza a afrontar su condición de exiliado. El reencuentro con Aurora resultará un ajuste de cuentas con el pasado, el camino necesario para dejar de lado la melancolía permanente que lo acompaña desde la salida de su provincia natal, veinte años atrás.

La novela *Qué solos se quedan los muertos*, igual que la anterior, tiene una nota final en donde se especifica su fecha de escritura, entre agosto de 1983 y junio de 1985, en México, París y Buenos Aires; ésta fue publicada en Argentina, por la Editorial Sudamericana, tras el regreso de Giardinelli del exilio. De la misma forma que en *El cielo con las manos*, el personaje principal es un periodista exiliado en México, José Giustozzi, quien se debate entre regresar a su patria una vez que ha terminado la dictadura o quedarse a vivir un tiempo más en el país que lo acogió. Alejado de la comunidad de exiliados,

recibe una llamada de Carmen Rubiolo, su antigua compañera sentimental en Argentina, quien le pide ayuda, pues han asesinado a su actual pareja en Zacatecas, Marcelo Farnizzi. Giustozzi, súbitamente convertido en detective, se desplaza hacia la provincia de México en donde descubre un escenario lleno de violencia y corrupción en el que reinan las drogas, el dinero y la sangre. Después de su reencuentro fugaz con Carmen, poco a poco empieza a recordar su pasado en Argentina, del que se había alejado durante el exilio, hasta convertir su viaje en una reflexión crítica del pasado, postergada por varios años.

Ambas novelas tienen diversos puntos en común, los primeros ya los hemos remarcado: fueron escritas durante el periodo de exilio en México de Mempo Giardinelli, aunque publicadas en otros países, y tanto en una, como en la otra, los personajes principales son periodistas argentinos exiliados. Además de esto, ambos protagonistas se encuentran viviendo un exilio solitario, alejados del resto de la comunidad de apoyo y solidaridad que montaron los exiliados en nuestro país, y lo que detona la memoria en las dos novelas es el reencuentro con un amor del pasado.

Sin embargo, en *Qué solos...* vemos un ejemplo más claro del proceso de transición del olvido a la memoria y, con esta, a una reflexión crítica; mientras que en *El cielo...* observamos a un personaje embotado en el olvido y en la imposibilidad del recuerdo, que permanentemente huye del presente para alejarse de su condición de exiliado y de la violencia que lo expulsó de su país. Para ello recurre a narraciones disuasivas de su adolescencia en el Chaco y de los personajes que habitaban esta provincia, creando una tensión permanente entre el presente y el pasado.

Sin afán de seguir un análisis cronológico de las obras, sino uno que nos permita desarrollar el tema de la memoria en la literatura y en el exilio, como una parte expulsada de la sociedad argentina, que sin embargo no deja de ser argentina, iniciaremos nuestro

análisis con la novela *Qué solos se quedan los muertos*; posteriormente, ya planteadas las bases teóricas, hablaremos de *El cielo con las manos*, para ahondar en una de las aristas de la memoria: la negación del recuerdo y el olvido.

### 3.2 El despertar de la memoria en *Qué solos se quedan los muertos*

La novela *Qué solos se quedan los muertos* se inserta dentro del género neo-policial iberoamericano, el cual, a diferencia del policial clásico, habitualmente trata temas sociales como parte de su trama central. Su propensión a mostrar un mundo urbano corrompido por el dinero y el poder, en el que la violencia se constituye como el principal acto de impunidad, lo convierten en un género contestatario y de denuncia. Esclarecer un crimen en una sociedad corrompida casi nunca significa la victoria absoluta del detective, el restablecimiento del orden, ni la consecución de justicia. Aclarar los hechos, en el mejor de los casos, se reduce a una pequeña victoria temporal, y muchas veces inútil, en un sistema político-social descompuesto. Según Leonardo Padura, esta narrativa se propone un reto ideológico y estético que pretende:

[...] mostrar los lados más oscuros de unas sociedades perdidas en un recodo del camino que va del subdesarrollo a la postmodernidad –o en términos más actuales, a la globalización–, y en las que la violencia cotidiana, el crimen de Estado, la represión, la corrupción judicial y policial, el tráfico y consumo de drogas y la existencia de unos bajos fondos cada vez más extensos y profundos, marca[n] el carácter de unas ciudades dominadas por la inseguridad civil y en las que la figura del policía est[á] muy lejos de simbolizar la existencia de un orden –o cuando menos de un orden aceptable<sup>1</sup>.

Este tipo de literatura tiene mayor recepción en regiones como Latinoamérica, en donde las disputas por la memoria han recorrido un largo camino, desde los intentos por revalorar el papel de las minorías en los grandes sucesos hispanoamericanos (la conquista, las independencias, las revoluciones, etc.) hasta los acontecimientos de violencia política sucedidos en la historia reciente (migraciones forzadas, golpes de Estado, dictaduras,

---

<sup>1</sup> Leonardo Padura, “Miedo y violencia: la literatura policial iberoamericana”, prólogo al libro *Variaciones en negro. Relatos policiales iberoamericanos*.

guerras civiles, etc.). Para el caso concreto de Argentina, en donde han pasado ya más de cuarenta años de la última dictadura militar (1976-1983), los estudios sociales han tomado en cuenta desde lo ocurrido a partir de los años previos al golpe y llegan hasta el día de hoy donde podemos hablar de tres o cuatro generaciones que siguen sufriendo las consecuencias de la violencia política<sup>2</sup>.

En este escenario, el papel que juega el testimonio junto con la memoria personal y colectiva resulta fundamental para rescatar del olvido sucesos traumáticos e intentar una reivindicación de los afectados ante la inminente imposibilidad de restaurar los daños por completo. La acción de los escritores y de la literatura colabora en la resolución de múltiples crímenes surgidos de la violencia de Estado y, a su vez, ayuda a contrarrestar los discursos estatales que pretenden imponer una versión hegemónica de los hechos, anulando los relatos personales y la construcción colectiva de la memoria que de éstos pudiera surgir. Lo anterior se ve reflejado en la tensión comúnmente creada entre las narraciones estatales y las artísticas. En palabras de Ricardo Piglia: "Podríamos decir que también el Estado narra, que también el Estado construye ficciones, que también el Estado manipula ciertas historias. Y, en un sentido, la literatura construye relatos alternativos, en tensión con ese relato que construye el Estado, ese tipo de historias que el Estado cuenta y dice"<sup>3</sup>.

Los escritores apuntan a la representación verbal de los hechos, plasmando en sus textos no sólo su comprensión personal de los mismos, sino también el cúmulo de historias

---

<sup>2</sup> Generalmente se cree que los estudios de la memoria tratan la historia con mayor énfasis a partir del inicio de la dictadura, marzo de 1976, sin embargo, en el caso de la memoria entorno al exilio éstos pueden situarse desde antes, puesto que la violencia política fue una ola creciente durante todo el siglo XX (las cuatro dictaduras previas lo confirman 1930, 1943, 1955 y 1966), pero más concretamente desde 1973, año en que nace la organización parapolicial Alianza Anticomunista Argentina, bajo la dirección de José López Rega, la cual llevó a cabo miles de asesinatos extrajudiciales, torturas y desapariciones. Como ya hemos mencionado en el capítulo de apertura, al iniciar el año de 1974, llegan a México los primeros exiliados huyendo de las amenazas de muerte por parte de esta organización. Para mayor información consultar Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*.

<sup>3</sup> Ricardo Piglia, *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, p. 6.

populares (de resistencia y oposición) con los que se construyen los contrarrelatos. Escribir, entonces, se convierte en un intento por comprender el trauma social en un sentido más amplio que lo pretendido por las instituciones de poder.

El papel contestatario de la literatura es de suma importancia en un esquema en el que el Estado no sólo narra e impone sus propias versiones de la historia, sino que, además, se autolegitima para hacer libre uso de la violencia. Walter Benjamin ha hecho aportaciones esenciales a las reflexiones sobre este tema. Uno de los textos pilares a los que podemos referirnos es su ensayo "Para una crítica de la violencia", en el cual señala que la configuración de las sociedades modernas ha sido diseñada para consagrar al Estado como una figura incuestionable de poder; éste es el único ente capaz de ejercer violencia en contra de la población para garantizar el cumplimiento de las leyes, mientras que la sociedad está imposibilitada de hacerlo, porque en tal caso incurriría en un delito:

El militarismo es el impulso de utilizar de forma generalizada la violencia como medio para los fines del Estado. [Lo anterior] refleja una utilización de la violencia como medio para fines de derecho, ya que la sumisión de los ciudadanos a las leyes [...] es un fin de derecho. La primera función de la violencia es fundadora de derecho, y esta última, conservadora de derecho<sup>4</sup>.

Por otro lado, Emilia Deffis, estudiosa de la literatura de postdictadura argentina, plantea el papel de las letras como una herramienta indispensable para entender el pasado y llevar a cabo un proceso de recuperación social de la memoria. El primer paso es poder nombrar la violencia para comprenderla, al enunciarla deja de ser personal y comienza a compartirse con los demás. En este contexto, el escritor, con su cualidad principal de narrador, crea sentido donde antes había silencio y erige a la literatura como un bien simbólico, reconstructor de la memoria histórica: "El trauma provocado por la acción violenta debe poder ser nombrado para que el proceso de comprensión y reparación

---

<sup>4</sup> Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, pp. 29-30.

subsecuente tenga lugar. El lenguaje opera al servicio del mecanismo de la imaginación que permite decir aquello que no se es capaz de nombrar de otra manera, y lo hace mediante recursos de representación indirecta"<sup>5</sup>.

La novela *Qué solos se quedan los muertos* (1985), de Mempo Giardinelli, se inserta dentro de este tipo de literatura de postdictadura. Ampliando la descripción dada líneas más arriba, podemos decir que su trama gira entorno a un periodista argentino exiliado en la Ciudad de México, José Giustozzi, quien recibe la llamada de su expareja sentimental con quien compartió militancia en Buenos Aires, Carmen Rubiolo, ésta le pide ayuda porque han asesinado en Zacatecas a su actual pareja, Marcelo Farnizzi, ambos exiliados. El periodista parte al interior de México para encontrarse con un lugar lleno de violencia y corrupción en el que no existe el Estado de derecho y la única ley que impera es la dictada por el dinero y el poder. Al día siguiente de que Giustozzi se reencuentra con Carmen, ella aparece muerta de manera sospechosa en la alberca del hotel Calinda. Tras hacer su investigación, más valiente que profesional, el periodista convertido en detective entra en contacto con una red de narcotráfico a la que sus compatriotas muy probablemente pertenecían y va tras la pista de Liborio, líder del cartel y principal capo de la droga en todo Zacatecas. Sin embargo, sus posibilidades de conseguir justicia se ven anuladas al descubrir que la policía le rinde cuentas al crimen organizado. Giustozzi terminará escribiendo su confesión (la historia que leemos) antes de enfrentarse con Liborio, una batalla que, de antemano, parece perdida.

Este último dato sobre el manuscrito de José Giustozzi es muy importante, dado que la escritura dentro del relato le permite hacer una reflexión postergada, por varios años, acerca de lo que significó salir exiliado de Argentina. En términos metaliterarios, la

---

<sup>5</sup> Emilia Deffis, *Figuraciones de lo ominoso*, pp. 14-15.

escritura se configura también al interior de la novela como una herramienta que posibilita la comprensión del pasado y la fijación de la memoria.

El exilio de José Giustozzi es un caso particular, puesto que se trata de un personaje solitario que desde su llegada a México se distancia del resto de argentinos, lo que lo lleva a vivir un doble exilio: el del destierro de Argentina y el provocado por el alejamiento de sus compatriotas. Giustozzi, se contrapone a los principios de solidaridad y de denuncia, que, como ya hemos mencionado en el primer capítulo, fueron la base de la comunidad argentina en México. En la novela, el protagonista corta todo lazo de convivencia con sus compatriotas y se deslinda de cualquier actividad política, es decir, se exilia entre los exiliados. Con esta actitud Giustozzi enfatiza su doble condición de marginalidad y se aleja del grupo de apoyo con el que podría haber vivido una readaptación menos conflictiva al nuevo entorno.

Llegados a este punto es importante reflexionar acerca de la memoria individual y la memoria colectiva, puesto que el estado de alejamiento y soledad en el que se encuentra el personaje principal parecería contradictorio al hablar de memoria colectiva. Si bien es cierto que se encuentra alejado del resto de exiliados, ¿podríamos decir que el recuerdo en solitario queda fuera de la memoria compartida? ¿Cómo es que las reflexiones de José Giustozzi, aislado primero en la Ciudad de México y posteriormente en Zacatecas, pasan del ámbito de lo individual a lo colectivo? Para contestar a estas preguntas es necesario hacer referencia tanto a Paul Ricoeur como a Maurice Halbwachs, dos de los estudiosos más reconocidos sobre estos temas.

Paul Ricoeur es autor de uno de los estudios más completos sobre las relaciones entre rememoración, memorización y conmemoración. En su monumental obra titulada *La memoria, la historia, el olvido* (2000), se cuestiona sobre si la memoria es primordialmente

personal o si también puede pertenecer a las colectividades. Para responder esto hace un recorrido fenomenológico por lo que denomina la “escuela de la mirada interior”, una tradición enfocada esencialmente a la memoria personal. Los modelos que estudia son los de: San Agustín, John Locke y Edmund Husserl. Al primero de ellos le atribuye la invención de la interioridad y una concepción de la memoria como un lugar vasto, de alcances inabarcables, en el que incluso uno mismo es capaz de evocar momentos pasados en los que se recordó algo más. Mientras que en John Locke encuentra la distinción de tres nociones básicas para la interioridad: la identidad, el sí y la conciencia. Sin embargo, con el tercero de ellos la tradición de la mirada interior alcanza su apogeo y comienza a enfocarse en la memoria colectiva, pues Husserl pone en cuestión el problema sobre quién recuerda y lo que se recuerda, sin dar por sentado que el recuerdo pertenece a una sola persona aislada. Ricoeur menciona que al final de la quinta *Meditación cartesiana*, Husserl propone el tema de la “comunitarización” de la experiencia en todos sus niveles de significación, con lo que crea el concepto de “comunidades intersubjetivas superiores” surgido de un proceso de “comunitarización social”<sup>6</sup>. Y para terminar su estudio de Husserl señala:

[Al trasladar] a la intersubjetividad todo el peso de la constitución de las identidades colectivas, lo importante es no olvidar nunca que sólo por analogía, y con relación a la conciencia individual y a su memoria, se considera a la memoria colectiva como una selección de huellas dejadas por los acontecimientos que afectaron el curso de la historia de los grupos concernidos, y se le reconoce el poder de escenificar estos recuerdos comunes con ocasión de fiestas, de ritos, de celebraciones públicas. [...] Nada prohíbe, una vez reconocida la traslación analógica, [...] extender analógicamente la posesión privada de los recuerdos a la idea de la posesión por parte de nosotros de nuestros recuerdos colectivos”<sup>7</sup>.

Si bien Ricoeur no acepta que Husserl sea el creador de un concepto que abarque a la memoria comunal, sí lo considera fundamental para su posterior surgimiento, pues hasta

---

<sup>6</sup> Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 154.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 156.

entonces el extremo subjetivismo con el que se había concebido la memoria ponía obstáculos para formular la idea de una construcción simultánea de la memoria individual y colectiva. Tuvo que haber una transición de la subjetividad a la intersubjetividad para permitir abrir el camino a la fenomenología de la memoria colectiva. Pasar de un yo solitario, a un nosotros comunitario.

En la figura de Maurice Halbwachs<sup>8</sup> encontramos al principal impulsor de la memoria en términos sociales, fue él quien señaló la capacidad de desarrollar una memoria asociada a una entidad colectiva. Según sus presupuestos, para recuperar ciertos recuerdos necesitamos de los demás, lo cual significaría que un tipo de memoria se sostiene de la convivencia con otras personas.

Sin embargo, para Ricoeur, el momento en el que la memoria individual pasa al ámbito de la colectividad se da a través de la narración y, por ende, de la enunciación del recuerdo. Al transferir el recuerdo psicológico al plano de la narración, la lengua se convierte en el vehículo natural de transmisión que la memoria utiliza para ser comunicada a los otros. El filósofo francés lo explica de la siguiente manera:

En su fase declarativa, la memoria entra en el ámbito del lenguaje: una vez expresado, pronunciado, el recuerdo es ya una especie de discurso que el sujeto mantiene consigo mismo. Ahora bien, el pronunciamiento de este discurso se hace en la lengua común, lo más a menudo en la lengua materna, que —es preciso decirlo— es la lengua de los otros [...] La supresión de los obstáculos para la rememoración que hacen de la memoria un trabajo puede encontrar una ayuda en la intervención de un tercero. [La persona que recuerda] se esfuerza por llevar al lenguaje síntomas, fantasmas, sueños, etcétera, con el fin de reconstruir una cadena mnemónica comprensible y aceptable a sus propios ojos. Encaminada así hacia la oralidad, la rememoración lo es también hacia el relato cuya estructura pública es evidente<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Los dos libros principales de Halbwachs sobre el tema son *Los cuadros sociales de la memoria* (1925) y *La memoria colectiva* (1950), este último publicado póstumamente.

<sup>9</sup> Paul Ricoeur, óp. cit., pp. 167-168.

Otro concepto importante que Ricoeur plantea respecto a la traslación que intentamos explicar es la de la figura de los “allegados”, la cual vincula a la memoria individual con la memoria colectiva. A través de éstos se realizan los intercambios de la memoria viva de las personas y la memoria pública de las comunidades a las que pertenecemos. En nuestra relación con los allegados (amigos, familiares, parejas o conocidos directos) se encuentra el punto de unión entre dos polos aparentemente lejanos. En palabras del propio Ricoeur, los allegados son: “[...] esa gente que cuenta para nosotros y para quien contamos nosotros, están situados en una gama de variación de las distancias en la relación entre el sí y los otros. [...] Los allegados son otros próximos, prójimos privilegiados”<sup>10</sup>.

Una vez habiendo revisado el recorrido que Paul Ricoeur hace para explicar la transición de la memoria individual a la colectiva, en el que la enunciación del recuerdo y la figura de los allegados son dos piezas fundamentales, es necesario retomar a Maurice Halbwachs para hablar de otro concepto elemental, el de marcos sociales de la memoria.

Para Halbwachs un recuerdo es: “una imagen con relación al pasado y que, sin embargo existe”<sup>11</sup>. Es decir, un suceso acontecido en un tiempo pretérito y un espacio que ha dejado de formar parte de nuestra realidad presente y puede llegar a ser localizado en un momento definido por medio de una fecha, o algún otro suceso perfectamente identificable en el tiempo (como una fiesta comunitaria, una protesta colectiva, un partido de fútbol, etc.).

Según este enfoque, pocas son las cosas recordadas por nosotros mismos, la mayoría de veces necesitamos de otras personas. La memoria está sujeta a lo que

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 171.

<sup>11</sup> Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, p.34.

Halbwachs llama “marcos sociales”, condición que nos permite como individuos, con la ayuda de un grupo determinado, recuperar recuerdos aparentemente olvidados. Según el sociólogo francés:

Completamos nuestros recuerdos apoyándonos, por lo menos en parte, en la memoria de los demás. No es sólo porque a medida en que el tiempo pasa, el intervalo se alarga entre tal periodo de nuestra existencia y el momento presente, que muchos recuerdos se nos escapan; sino que no vivimos más entre las mismas personas: muchos de los testigos que podrían habernos recordado los eventos antiguos desaparecen.<sup>12</sup>

El cambiar de escuela, de trabajo o irnos a vivir a un lugar lejano son motivos para que, en parte, nuestros recuerdos pasen a una zona de olvido. Y el movimiento contrario, regresar al lugar donde crecimos o encontrarnos con un amigo de infancia “tiene como efecto despertar y ‘refrescar’ nuestra memoria: nuestros recuerdos no [son] suprimidos; pero sí se [conservan] en la memoria de otros, y en el aspecto intacto de las cosas”<sup>13</sup>. Sin embargo, no es necesario reencontrarse con un gran grupo de personas, sino que puede ser un detalle el que nos ayude a recordar, como Paul Ricoeur también menciona acerca de los marcos sociales: “Reconocer a un amigo en un retrato es situarse de nuevo en los ambientes en los que lo vimos”<sup>14</sup>.

Este concepto llevado al fenómeno del exilio político cobra especial relevancia, pues salir del país de nacimiento es alejarse del marco social con el que nos identificamos y regresar, después de que ha disminuido el peligro, es un intento por reinsertarnos en un espacio del que no hemos sido partícipes durante largo tiempo.

Ahora bien, volviendo a la pregunta que nos planteamos más arriba, sobre la forma en que la memoria pasa del plano individual al colectivo, en la novela de Giardinelli,

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 36.

<sup>14</sup> Paul Ricoeur, *óp. cit.*, p. 159.

podemos decir que José Giustozzi, en un primer momento, se aleja del marco social de su país y del de sus compatriotas exiliados en México. Sin embargo cuando Carmen Rubiolo reaparece, él la elige como ese sujeto capaz de rearticular su marco social argentino en el destierro. Y no sólo eso, sino que ella también funge como la “allegada” (en términos de Ricoeur) que vincula sus memorias con el entorno colectivo; Carmen es la persona más cercana que Giustozzi tiene en el destierro y apenas un día después de reencontrarla, la pierde para siempre. Aunado a esto, el mecanismo a través del cual se vuelve posible que la memoria del protagonista pase del ámbito individual al colectivo es el testimonio que José Giustozzi deja escrito antes de desaparecer. Al ser narrada su historia, ésta transita al plano de lo social, puesto que es escrita para ser leída por alguien más y no para quedar en el olvido. Los recuerdos del protagonista entran en la lengua común y en la cultura compartida por un gran grupo de personas, es decir, dejan el plano individual para pasar al colectivo.

Retomemos el análisis de *Qué solos se quedan los muertos*. Cuando Giustozzi recibe la llamada para ir a Zacatecas, no tiene razones de peso que lo retengan en la Ciudad de México: acaba de quedarse sin trabajo y vive sumergido en la soledad. El motivo más fuerte para desplazarse es el darse cuenta que aún existe un lazo olvidado que lo ata a Carmen. El protagonista lo expresa de la siguiente manera: "Si hubiera sido otra mujer, cualquier otra vieja amiga la que me hubiese hecho llamar, quizá no habría ido a su encuentro. Pero Carmen sí [...] era la única mujer que podía hacerlo"<sup>15</sup>. La reaparición de Carmen viene a confrontarlo con un pasado que ha querido evadir durante años, Carmen es

---

<sup>15</sup> Mempo Giardinelli, *Qué solos se quedan los muertos*, p. 17. A partir de aquí, las páginas de las referencias pertenecientes a esta novela se señalarán entre paréntesis.

el puente que lo une con Argentina, el último recuerdo tangible de su pasado congelado al salir de su país y, de cierta forma, es también la personificación de la patria perdida que le pide acudir nuevamente en su ayuda. El terreno se prepara para que pueda comenzar a recordar los hechos ocurridos en la Argentina pre-dictatorial.

Dentro de las líneas de investigación relacionadas con el tema de la memoria, la que resulta más importante para este trabajo es la que proponen los estudios culturales, al plantear una memoria *activa*, no como un recuerdo que regresa del pasado para inmovilizarnos, sino como un motor de cambio conducido por sujetos activos que logran tener injerencia en sus sociedades, buscando la transformación simbólica y la elaboración de sentidos del pasado. Birgit Neumann plantea lo siguiente: “Los conceptos de memoria puestos en escena a través de la ficción pueden influir en la cultura de la memoria extra-literaria, dado que también son actualizados por los receptores. Así, estos conceptos pueden influir en la creación y reflexión de imágenes individuales y colectivas del pasado”<sup>16</sup>.

La literatura tiene la capacidad de injerir fuera de su campo para cuestionar el pasado y las versiones oficiales de los acontecimientos que involucran a una sociedad. Además de lograr darle un giro a los estudios tradicionales de la Historia, los cuales se centran en los grandes acontecimientos y en los líderes que los llevaban a cabo. Mientras que los estudios culturales de la memoria se centran, principalmente, en las experiencias particulares de los individuos que juntos logran reconstruir la visión de la colectividad periférica, es decir, la unión de individualidades centradas en las pequeñas memorias pueden constituir el imaginario colectivo respecto de un acontecimiento.

---

<sup>16</sup> La traducción es mía. En el original: “The concepts of memory staged within the medium of fiction may influence the extra-literary memory culture, given that they are also actualized by the recipients. Thus, these concepts can influence the creation and reflection of individual as well as collective images of the past”. Birgit Neumann, “The literary representation of memory”, en *Cultural memory studies*, p.341.

Elizabeth Jelin, una de las estudiosas de la memoria más reconocidas en América Latina, propone el concepto de “trabajos de la memoria”, el cual va en el sentido antes descrito de una memoria activa: “Hablar de *trabajos* de la memoria requiere establecer algunas distinciones analíticas. Sin duda, algunos hechos vividos en el pasado tienen efectos en tiempos posteriores, independientemente de la voluntad, la conciencia, la agencia o la estrategia de los actores”<sup>17</sup> y posteriormente señala, “la memoria del pasado invade, pero no es objeto del pasado. La contracara de esta presencia sin agencia es la de los seres humanos activos en los procesos de transformación simbólica [...] Seres humanos que ‘trabajan’ sobre y con las memorias del pasado”<sup>18</sup>.

La movilización de la sociedad argentina fue de vital importancia para poner el tema de la violencia política en el centro de los debates nacionales, mientras que las personas en el exilio hacían lo propio, a través de denuncias en los medios locales de los países de acogida, llevando la discusión al ámbito internacional. Todo lo cual Jelin explica de la siguiente manera: “En el plano colectivo, [...] el desafío es superar las repeticiones, superar los olvidos y los abusos políticos, tomar distancia y al mismo tiempo promover el debate y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente/futuro”<sup>19</sup>

Entre los mecanismos de reactivación de la memoria tienen un papel trascendental las conmemoraciones de fechas históricas<sup>20</sup> y la aparición de personajes activos en la escena política. En el caso de los esfuerzos hechos en Argentina para superar el silencio, las conmemoraciones del veinte aniversario y el trabajo en conjunto entre las Madres de Plaza de Mayo y la fundación H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el

---

<sup>17</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, p. 14.

<sup>18</sup> Ídem.

<sup>19</sup> Ibídem, p. 16.

<sup>20</sup> Este tema es ampliamente tratado en el libro *En busca del futuro perdido* de Andreas Huyssen.

Silencio), lograron poner en la agenda nacional, la búsqueda de justicia para todos los afectados por la dictadura, suceso que se intentó minimizar tras el regreso de la democracia.

Acerca de este hecho Gabriela Cerruti narra lo siguiente:

Amanece el 24 de marzo de 1996 en Buenos Aires. Los hijos de los desaparecidos durante la dictadura militar que asoló al país entre 1976 y 1983 irrumpen en la historia. Se juntaron, nadie sabe cómo ni dónde, y de repente están allí, reclamando justicia: fueron a entregarle a los jueces de la nación habeas corpus pidiendo algún dato que les permita reconstruir la suerte seguida por sus padres. Las Madres de Plaza de Mayo decidieron acompañarlos "porque son nuestros nietos y no tienen a sus padres para guiarlos" [...] ellas ya no creen en la justicia. Ellos sí. Reclaman justicia, y más: desde hoy se llamarán H.I.J.O.S., hijos por la identidad y la justicia contra el olvido y el silencio.<sup>21</sup>

Al igual que la irrupción de H.I.J.O.S. en la escena social argentina fungió como detonador de la memoria, en *Qué solos se quedan los muertos* es la figura de Carmen Rubiolo la que reactiva la memoria de José Giustozzi, anteriormente sumido en una especie de amnesia auto-inducida. Después del reencuentro, poco a poco comienzan a llegar una ola de recuerdos a la mente del protagonista, hasta que la muerte de Carmen (ocurrida en extrañas condiciones) convierte las aguas calmas de su exilio en una tormenta de reflexiones críticas sobre su pasado en Argentina: ¿Quién fraguó la violencia?, ¿desde cuándo?, ¿contra quién?, ¿por qué contra ellos?, ¿por qué tan descarnada? Estas son algunas de las preguntas que se plantea el protagonista mientras recorre las calles de Zacatecas.

La amnesia fue una actitud de supervivencia por la que muchas personas optaron durante el régimen militar en Argentina. Sobre esos años Cerruti se pregunta y responde lo siguiente: "¿Se podía no saber lo que estaba sucediendo? ¿Cómo podía ser que yo no

---

<sup>21</sup> Gabriela Cerruti, "La historia de la memoria", en la revista *Puentes*, año 1, núm. 3 (marzo, 2001), p. 21.

supiera? Era sin duda la pregunta íntima, brutal, de cada argentino. Sí, se podía, nadie sabía, fue la respuesta-acuerdo social para poder dar un paso adelante en esa historia"<sup>22</sup>.

Desde el primer momento en que José Giustozzi se reencuentra con Carmen comienzan a invadirlo recuerdos que lo conectan con su pasado: "fui reconociendo que ambos veníamos de un país extraño, confundido, un *wonderland* impiadoso que quedaba a millones de años de distancia, en otra galaxia, y en el que *Alicia* había sido violada y mutilada"<sup>23</sup> (24). La Argentina de su juventud, en donde compartió militancia con Carmen, se reconfigura como un lugar lejano y ominoso que no sólo puede ser medido en kilómetros de distancia, sino también, y sobre todo, en tiempo transcurrido; ese lugar en el que se amaron queda ahora a "millones de años de distancia". Inevitablemente vuelven a su memoria los amigos torturados, y su patria se convierte en una especie de Comala en donde todos los que habitan sus recuerdos pertenecen al plano de los muertos. Al final del reencuentro Giustozzi dice: "Salí pensando que nos habíamos amado en un país cuya geografía podía encontrarse todavía en los mapas, pero que en nosotros [...] se había diluido y sólo eran vientos, voces de muertos, recuerdos confusos, niebla. [...] Acaso entender nuestra tragedia es como el viento que cruza Comala" (25). El protagonista construye un triángulo espacio-temporal integrado por la Argentina de su juventud, el México de su exilio y una Comala imaginaria que se edifica con todos los muertos y desaparecidos de la dictadura.

Es claro que al clausurar el pasado no desaparecen los recuerdos, simplemente quedan en espera de que algún detonante los regrese al plano consciente. En el caso de José Giustozzi es el amor que aún siente por Carmen, o que cree sentir, lo que le exige analizar

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>23</sup> Las cursivas son mías, para resaltar que Giardinelli hace referencia al libro de Lewis Carrol, *Alice in Wonderland* (1865).

su pasado desde un contexto diferente, con una visión más crítica; esto lo obliga a desenterrar los recuerdos para llamar las cosas por su nombre y reflexionar sobre ellos. Tener la capacidad de nombrar el hecho traumático, de narrarlo o escribirlo, como ya lo hemos visto con Emilia Deffis al principio de este capítulo, es el inicio de un proceso de asimilación y comprensión del pasado en el presente.

De esta manera, poco antes de que aparezca muerta Carmen en el *pent-house* del hotel Calinda, José Giustozzi comienza a intensificar sus reflexiones al verse invadido por una afluencia caótica de recuerdos:

¿Amaba realmente a Carmen? ¿Sólo estaba enamorado de un recuerdo? (51). ¿Qué significaba Carmen en ese país extraño [...] y qué me sucedía a mí con ella, y con el pasado que no me atrevía a revisar?; ¿Qué había sucedido en mi país, en la Argentina que vivimos Carmen y yo, [...] para ser arrojados a un mundo que no era la morada cósmica del hombre, [...] sino un páramo vasto e indefinible que no nos quería? (52). Carmen seguiría siendo lejana. Apenas una luz en la oscuridad, una luciérnaga [...] y una fantasía (60).

Al cuestionar su amor por Carmen, cuestiona también su situación de exiliado, convirtiendo a Carmen en una representación simbólica de la patria perdida. Este es el momento en el que la amnesia cede su lugar a la memoria.

Una vez que han asesinado a su compatriota, la opinión pública asume que ella se suicidó por la culpa que cargaba de sus tiempos de "guerrillera", lo cual identificamos como una consecuencia de los efectos causados en la sociedad por la llamada "Campana antiargentina"<sup>24</sup>, la cual fue, en gran medida, una campaña antiexiliados creada por la dictadura para contrarrestar las denuncias desde el extranjero. En una plática que Giustozzi sostiene con un vendedor de periódicos, éste le dice:

–[...] Parece que había sido guerrillera. Ya sabe: en Sudamérica se los lleva la chingada con eso del terrorismo...  
–¿Y qué tiene que ver con el suicidio?

---

<sup>24</sup> Este tema se aborda más a fondo en el primer capítulo, referido a la historia del exilio argentino en México.

–Pus..., la culpa, ¿no? Quién sabe qué habrá hecho la vieja. Era argentina.

–Sí, y yo también. (90)

Giustozzi se siente condenado por la historia y decide esclarecer los hechos no importando poner en riesgo nuevamente su vida, como en los años de lucha guerrillera en Argentina: "Extrañamente, me sentía frío, excitado pero alerta, por el miedo y la emoción. Como en los viejos tiempos de la militancia" (89). La memoria aparece no sólo como rememoraciones del pasado, sino también en forma de recuerdos corporales. Sus reflexiones se intensifican, abarcando tanto el plano personal como el social.

En este punto, la novela se convierte en una suerte de pausas narrativas en las que surgen fuertes disertaciones personales acerca del pasado violento de Argentina y sobre el significado de crecer en un país militarizado. El duelo de José Giustozzi por las calles de Zacatecas, se mezcla con un estado de flujo de consciencia crítico, apelando a la memoria para cuestionar firmemente su pasado y su presente:

Qué nos había pasado a los argentinos de mi generación. ¿Qué nos había pasado que nos inculcaron el cuento del país rico hasta la saciedad, generoso como una madre inmortal, inagotable como el Paraná? [...] Pobres de nosotros, Carmen y yo, mi generación, que fuimos paridos en el odio de las antinomias [...]. Nos educaron en la apología de la imbecilidad, esa característica moderna del llamado ser nacional, esa parte visible y estentórea de la clase media mojigata, compradora de televisores a color en Miami, adorada y acrítica de los mitos más reaccionarios, y todo bendecido por una de las jerarquías católicas más retrógradas de este siglo. De todo esto, me preguntaba yo, errando por callejas y portales, ¿por qué nos iba a condenar la historia, Carmen, por qué nos condenaba la vida, *ahora?* (91-92).

Giustozzi compadece a su generación educada con violencia y autoritarismo a la que le inculcaron la idea de ser un país rico que debía servir de ejemplo para toda América Latina. Violentos por ser hijos de la violencia, habían sido paridos en el "militarismo y las megalomanías de los que siempre mandaron" (92). Se apiada por todas esas personas nacidas en medio de la emulación, pero también se cuestiona el papel de la izquierda (a la

que él mismo perteneció) y los medios extremistas usados para intentar conseguir sus metas: "¿Habría matado Carmen, alguna vez? [...] ¿Habían alcanzado alguna vez [los militantes de izquierda] la categoría de dioses pequeñitos, capaces de decidir la muerte de un semejante? ¿Habrían alcanzado esa horrible categoría de los represores?" (103).

El protagonista, expuesto a sus recuerdos en un estado de memoria abierto, acepta que él mismo ha sido un ser agresivo, triste y solitario: "[...] habíamos sido violentos. Eso condenó a los que murieron —tontamente, heroicamente— y a los que no morimos también" (140). Pero sabe que si bien fueron derrotados en la toma del poder, algo que no pueden reprocharles son los fines que persiguieron, sus razones y sus ideales, y que si fueron violentos, antes fueron violentados, por lo que después de todos los años de exilio es imposible admitir la Teoría de los dos demonios<sup>25</sup>: "No hay simetría, no hay empate [histórico]. No fuimos iguales que ellos" (141). Giustozzi se declara en contra de esta medida reduccionista que pretendía consensar a los dos bandos y erigir la nueva historia oficial narrada por el Estado democrático tras la caída de la dictadura.

En plena investigación de los asesinatos de Marcelo Farnizzi y Carmen Rubiolo, aparece un recado que esta última le dejó a Giustozzi en el hotel antes de morir: "Pepe, ojalá nunca leas esto. Estoy metida en un lío que ni te imaginas. Me enamoré de un miserable, capaz de cualquier cosa. Pase lo que pase, por favor, ANDATE. SALVATE VOS. Yo no merezco que me quieras. Adiós" (161). La persona a quien se refiere es David Gurrola, aparentemente un alias de Liborio (o al revés), el jefe de la droga en Zacatecas. El protagonista lo sabe y decide ignorar la advertencia, toma la decisión de no escapar por

---

<sup>25</sup> La Teoría de los dos demonios es un discurso emitido desde la cúpula del gobierno democrático postdictatorial que buscaba la conciliación nacional, optando por la salida fácil que consistía en asignar a partes iguales, entre los militares y la izquierda, la responsabilidad sobre la violencia vivida en Argentina antes y durante la dictadura. Para mayor información consultar Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*.

segunda vez a su destino, como lo hiciera años atrás al salir de Argentina después del golpe militar. Frente a esta segunda oportunidad, opta por quedarse para no repetir la historia de su exilio y renuncia a sumergirse nuevamente en lo que llama “la felicidad del olvido” (164).

Giustozzi, ya sin buscar conseguir ningún tipo de justicia jurídica, sino tan sólo queriendo conocer el porqué de los asesinatos, sigue adelante con la investigación y se entrevista dos veces con Gurrola. La segunda, supuestamente para entregarle el dinero y la droga que Carmen y Marcelo le habían robado. En este encuentro las últimas palabras que Gurrola le refiere a Giustozzi son impactantes: "Igual, [usted] está muerto. Sigue hablando porque no sabe que ya está muerto" (180).

La novela termina líneas más adelante con un final abierto, aunque predecible, del que podemos concluir que Giustozzi acaba convirtiéndose en uno de los habitantes de esa Comala imaginaria que construyó lejos de su patria, poblada por todos los muertos y desaparecidos de la dictadura, por todas las víctimas del terrorismo de Estado y que aún después de muertas siguieron siendo condenadas por la historia. Giustozzi encuentra la muerte, al igual que Carmen y Marcelo, en el páramo desolado de su exilio, víctima de la violencia que persiguió a su generación desde la infancia.

La memoria del golpe militar argentino, detonada tras la reaparición de Carmen en la vida de Giustozzi, y la reflexión postergada durante varios años acerca de lo que significó el exilio en México, son las causantes de las acciones finales del protagonista. Sin embargo, exponer su vida para esclarecer las muertes de sus compatriotas, resulta inútil en una sociedad corrompida por el dinero y el poder del narcotráfico, y, en general, dominada por la ilegalidad. Bajo estas condiciones, encontrar justicia para los afectados y castigo para los responsables es prácticamente imposible.

Andreas Huyssen en su libro *En busca del futuro perdido*, acota el estudio de la memoria social al mundo de occidente y hace una fuerte crítica a la forma en que la memoria se ha convertido en un producto más de los tiempos de la globalización. Según el autor, vivimos actualmente una "cultura de la memoria" la cual intenta asirse al pasado para contrarrestar el cambio en la percepción temporal que traen consigo las sociedades de consumo donde todo parece ser efímero. Para Huyssen, nos encontramos frente a un cambio social, en el que el pasado se aleja con rapidez de nosotros y, en este contexto, acudir en busca de la memoria es un intento por anclarnos al presente para comprenderlo. La memoria se convierte en un bien de consumo y puede vaciarse de su potencial subversivo, cultural y político.

Al ser activada la narración en Giustozzi, por el reencuentro con Carmen en México y la subsecuente rearticulación del marco social argentino del que se había abstraído, la memoria representa una herramienta de resistencia contra el olvido impuesto por los grupos de poder postdictatoriales, los cuales intentaban inducir a la sociedad a vivir en un eterno presente carente de recuerdos, como lo plantea Huyssen. Los tres días en que Giustozzi se sumerge en las aguas profundas de su memoria lo ayudan a concluir que su generación también fue víctima, no sólo victimaria, de un Estado represor que llevó a muchos jóvenes a la muerte y al exilio, sin haber encontrado justicia. Por el contrario, muchos de ellos fueron señalados constantemente como los culpables de desatar la violencia en su país. Y una vez que los sobrevivientes partieron al exilio, también los culparon de desestabilizar el golpe militar que pretendía "restaurar" el orden.

José Giustozzi antes de enfrentarse a la muerte, encerrado en su cuarto de hotel, realiza tres actos sumamente transgresores para el mundo capitalista y alienado que las guerrillas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX pretendían derrocar. En

primer lugar, opta por tirar a la bañera un paquete de cocaína que le pertenecía a Liborio y que encontró escondida en el zapato de Marcelo Farnizzi; después quema un fajo de \$30,000 dólares también propiedad del narcotraficante; y por último, realiza el acto más transgresor de los tres, decide escribir su historia para salvarla del olvido y unirla al cúmulo de memorias individuales de las que se compone la memoria colectiva. Estos tres actos parecen significar un pequeño triunfo en medio de una vida llena de derrotas, una victoria sin aparentes alcances jurídicos, pero con profundos alcances históricos, culturales y sociales; quizás, el único triunfo al que pudo haber aspirado desde el principio.

En esta novela se articula un discurso, a través de la literatura, para proponer otras formas y perspectivas de acercamiento tanto al periodo de la dictadura militar argentina como a la posterior transición democrática. Detrás del despertar de la memoria en el protagonista, encontramos una crítica a las narrativas ficcionales que el Estado pretendió imponer entre la población argentina en busca de cohesión social: no hubo un empate histórico, los militantes de izquierda nunca contaron con los mismos recursos que los militares, el golpe de Estado no fue el fin de una guerra legítima y los exiliados no fueron criminales que escaparon de su país porque huyeran de la justicia.

Finalmente, podemos decir que Mempo Giardinelli, en *Qué solos se quedan los muertos*, aspira a crear un distanciamiento a través de la literatura que permita analizar y comprender los hechos violentos ocurridos en la Argentina de mediados de los años 70 y principios de los 80. Su novela es un intento que, puesto en palabras inteligibles, ayuda a comunicar los estragos de la violencia y los sentimientos de soledad y desarraigo que muchos exiliados experimentaron por tener la percepción de haber quedado al margen de la historia.

### 3.3 Olvidos que tornan memoria, *El cielo con las manos*

En el presente subcapítulo hablaremos de la novela *El cielo con las manos* (1981), en la cual la memoria respecto a la violencia de la dictadura argentina se presenta de una forma distinta que en *Qué solos se quedan los muertos* (1985). Ésta aparece como un recuerdo en el exilio que se quiere evitar y, en consecuencia, se opta por sustituirlo por otro recuerdo menos agresivo, hasta que la propia narración del protagonista hace imposible seguirlo ocultando; los sentimientos de derrota generacional y pérdida de lo cotidiano se conjuntan para reflexionar críticamente sobre el pasado reciente.

La novela está protagonizada por un narrador argentino sin nombre, de quien sabemos muy poco, apenas unos cuantos datos: que es periodista, divorciado, padre de dos hijas y antiguo militante de izquierda radicado en México. Todo el texto se desarrolla como un monólogo fragmentado en el que el narrador le cuenta su historia a Jaime, un amigo mexicano con quien trabaja en alguna revista (lo cual sabemos por alusiones a artículos que escriben). Tampoco tenemos muchos datos sobre su contexto actual de exilio, toda la historia, en un primer momento, está volcada hacia el pasado, de hecho, el Distrito Federal es apenas un marco espacial desde el que se piensa en pretérito. Jaime escucha atentamente las historias de adolescencia en Resistencia, provincia del Chaco, Argentina, sin participar de la plática en ningún momento. Todo el eje de la narración está dado por Aurora, la mujer de la que el narrador estuvo enamorado desde los trece años y a quien no volvió a ver tras abandonar su casa a los dieciocho para irse a vivir a Buenos Aires. Después de muchos años Aurora y él vuelven a encontrarse en las calles de la Ciudad de México, los dos solos

y exiliados, en un país ajeno en el que finalmente podrían darse las condiciones para estar juntos, sin embargo el narrador cae en cuenta de que su amor pertenece al pasado, igual que todas las personas que poblaron su infancia y adolescencia, dejadas atrás al salir de Argentina.

Desde la línea de exilio que venimos trabajando, vemos que el detonador de la memoria para ambos personajes principales de las novelas está dado por el reencuentro en México con una mujer de su pasado argentino. Sin embargo, la forma en que se articula el tiempo del recuerdo en *El cielo con las manos*, es muy distinta a la de *Qué solos se quedan los muertos*; mientras que en esta última el tiempo de la narración es progresivo y avanza a medida que se desarrolla la historia de José Giustozzi, en *El cielo...* se trata de una rememoración permanente que formula el narrador desde el presente hacia dos formas de pasado contrapuestas: en primer lugar, un *pasado lejano* perteneciente a su adolescencia en el Chaco, el cual es un discurso que podríamos catalogar como “dócil”, y otro *pasado reciente* del que rehúye por ser el detonante de su destierro, es decir, una memoria que encierra el germen del debate con su historia personal y con la historia política de Argentina, pero que en un principio no está activa, pues no ha sido trabajada.

El pasado lejano intenta contener al reciente sobreponiéndose con toda clase de distracciones, mientras que el presente queda vedado, hecho que hasta cierto punto puede parecer natural por tratarse de recuerdos contados. Beatriz Sarlo señala esto último como una característica de los testimonios de memoria: “El presente de la enunciación es el ‘tiempo de base del discurso’, porque es presente el momento de ponerse a narrar y ese momento queda inscripto en la narración. Esto implica al narrador en su historia y la

inscribe en una retórica de la persuasión”<sup>1</sup>. Sin embargo, en toda la primera parte de la novela el tiempo está volcado al pasado de forma deliberada, no como una consecuencia natural del discurso memorialista. El narrador no hace ningún esfuerzo por contextualizar su presente, siendo que el espacio del que se habla y el espacio en que se narra son muy distintos y habría una parte importante de la historia que faltaría por contar ¿cómo es que llegó exiliado a México?, ¿por qué?, ¿qué fue lo que ocurrió en Argentina antes de salir? Más de media novela transcurre mientras el protagonista trata de contarle a Jaime su reencuentro con Aurora, en la avenida Reforma, una semana atrás y veinte años después de haberla visto por última vez. No obstante, el narrador frecuentemente rehúye hablar de este episodio y se esmera en distender su relato contando paso a paso desde que conoce a Aurora en la casa de su madre, donde se alojaban varias estudiantes, hasta que se marcha del Chaco una vez que ha terminado la secundaria y su madre ha muerto.

Todo lo anterior podría parecer un contexto necesario para que Jaime logre entender la importancia de su tropiezo con Aurora en México, sin embargo, la narración también se va llenando de historias periféricas sobre varios de los habitantes de su localidad que parecen no abonar demasiado a la reconstrucción de dicha trama, sino que se convierten en un recurso de reticencia y elipsis en la narración. Como lo define Helena Beristáin en su *Diccionario de retórica y poética*, según el cual, la reticencia es una figura retórica en donde se omite parte de una o más expresiones produciendo un desarreglo del discurso: “afecta a la lógica del discurso puesto que produce su ruptura debido a la supresión total de una proposición que contiene una idea completa”<sup>2</sup>; mientras que de la elipsis nos dice lo

---

<sup>1</sup> Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado*, p. 64.

<sup>2</sup> Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, p. 421.

siguiente: “se produce al omitir expresiones que la gramática y la lógica exigen”<sup>3</sup>. Llevándolas al plano literario, ambas figuras coinciden en la eliminación de una parte de la historia que, sin embargo, está de una u otra forma presente.

El intento por bloquear las partes conflictivas de la vida del narrador, es el mismo que identifica Emilia Deffis en la literatura de la dictadura argentina escrita en el exilio: “La alusión a lo ominoso adquiere generalmente la forma de la elipsis, el eufemismo, la comparación, la metáfora y la alegoría, y así estas figuras retóricas llevan a cabo desplazamientos semánticos intensificadores del contexto de enunciación”<sup>4</sup>. Vemos cómo vuelve a aparecer el concepto de elipsis para evitar hablar de la injusticia y el trauma causado por la violencia (lo ominoso).

El protagonista narra con especial detalle su adolescencia en el Chaco. En esta distensión del tiempo pretérito, además de la historia de Aurora, nos llama mucho la atención el cúmulo de relatos sobre otros personajes que habitaban su comunidad, con lo cual dibuja un escenario más completo de su primera juventud y el tiempo parece ensancharse, antes de narrar a Jaime su esperado reencuentro.

Utilizando una técnica que recuerda, por fuerza, a la de Scherezada en *Las mil y una noches*, vemos desfilar las historias del viejo Di Iácono, un hombre que se sentaba a comer a la misma mesa que el esposo de su amante; la de la Mona Salomón, un joven muy popular a quien le desfiguran la cara en un partido de Rugby y termina suicidándose; el gordo Cárcamo, un individuo envidiado por llevar una rutina de vida extremadamente tranquila sin abusar de nadie ni molestar a ninguno; la de Felipa Montes, la criada de sus vecinos a quien veía mientras tendía la ropa en el patio y una noche él va a su encuentro

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 162.

<sup>4</sup> Emilia Deffis, *Figuraciones de lo ominoso*, p. 151.

colándose en la casa de sus patrones; la del Sordo Chiche, uno de sus amigos quien soñaba con ser un excelente abogado, pero el paso del tiempo le hace darse cuenta que la promesa de un futuro mejor era negada por mucha gente que bloquea maliciosamente a ciertos sectores de la población; la de La Tibia Roldán, una mujer casada con un contrabandista a quien encarcelan y decide esperarlo durante catorce años para empezar una nueva vida juntos en Buenos Aires, entre varias historias más.

Una vez que la novela ha pasado de la mitad de sus páginas y seguimos sin saber nada del anunciado reencuentro, el narrador hace una pausa para confesar lo siguiente: “Está claro que me vengo resistiendo a hablar de ella, pero sí, volví a encontrarla. Quiero decir, volví a cruzarme con ella, en la esquina de Reforma y Niza”<sup>5</sup>. Esto es una marca importante en el texto, pero no cambia mucho la forma de la narración, pues aún faltarán por contar algunos relatos extra: el de Marruco Valussi, la guitarra de José Betinotti, el de Asdelavir Oviedo, Rosa Machuca, Carlitos Sosa, el gordo Benvenutti y varias historias más.

Este largo recorrido por las memorias digresivas que pueblan la novela, puede parecer engorroso e infértil, sin embargo, resulta sumamente sugestivo a la luz de la idea del olvido ¿qué se deja de narrar cuando contamos algo?, ¿qué partes de una historia pueden opacar las memorias sobre un acontecimiento?, ¿de qué forma puede ser productivo lo que no se cuenta, se omite y/o se olvida? La memoria es selectiva y excluyente, cierto, pero también constructora de sentidos en ausencia. Elizabeth Jelin alude a esta idea de la siguiente forma:

Toda narrativa del pasado implica una selección. La memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Esto implica un primer tipo de olvido ‘necesario’ para

---

<sup>5</sup> Mempo Giardinelli, *El cielo con las manos*, p. 72. A partir de este momento, las páginas de esta novela a las que hagamos referencia las anotaremos entre paréntesis al lado de la cita.

la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios con diversos ‘usos’ y sentidos.<sup>6</sup>

El olvido ha sido visto comúnmente como algo negativo e indeseable, sus características se relacionan más con un fallo de la memoria, se mira con reticencia y su aparición representa casi siempre un fracaso. En la tensión creada en la época contemporánea entre la memoria y el olvido, este último sale perdiendo, es el lado indeseable de la historia, de las narraciones y de los discursos. Uno de los pocos teóricos que han tratado este tema de manera frontal es Harald Weinrich, quien apunta a un arte del olvido (*ars oblivionis*) como algo que ha acompañado a la humanidad desde sus inicios, esto en clara alusión a la propuesta de Frances A. Yates quien hablaba del arte de la memoria (*ars memoriae*), el cual engrandeció las capacidades mnemónicas de los intelectuales de occidente desde la antigua Grecia<sup>7</sup>. Por otro lado, y más en sintonía con este estudio, Andreas Huyssen, en su trabajo “Resistencias de la memoria: los usos y abusos del olvido público”, hace especial énfasis en la necesidad de superar la distinción binaria entre memoria y olvido, división que da la sensación de ser irreconciliable. Por el contrario, debemos aceptar que ambas capacidades humanas conviven constantemente: “El olvido no sólo hace ‘vivable’ la vida sino que es la base para los milagros y epifanías de la memoria”<sup>8</sup>.

Para nuestro trabajo son especialmente importantes las condiciones bajo las que Huyssen ubica al olvido, entre las que se encuentran: el silencio, la ausencia de comunicación, la desarticulación de los discursos, la erosión, el apagamiento, la represión,

---

<sup>6</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, p. 29.

<sup>7</sup> Para mayor referencia sobre estos temas consultar: Harald Weinrich, *Leteo, arte y crítica del olvido*. España: Ediciones Siruela, 1999. Y Frances A. Yates, *El arte de la memoria*. Madrid: Ediciones Siruela, 2011.

<sup>8</sup> Andreas Huyssen, “Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público”, ponencia leída en la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação, p. 2.

y principalmente, la evasión. Esta última característica de evasión podemos sumarla a las figuras retóricas ya mencionadas de la elipsis y la reticencia que operan en la novela de Giardinelli, donde el narrador se niega a hablar de su pasado reciente y se abstrae del presente ahondando en el pasado lejano: “Pero no quería pensar, Jaime, me resistía, como me resisto ahora, a rebobinar esta película. Necesitaba alejarme de tanta cercanía súbita, de esa repentina invasión de recuerdos” (73).

Además, Huyssen hace un análisis de dos casos históricos en los que el olvido público juega un papel importante para que la memoria sobre hechos violentos cobre relevancia en la búsqueda de justicia de las víctimas. Es importante recapitularlos para comprender su propuesta sobre el olvido. Uno de los casos se refiere al pesado velo que cayó sobre la memoria de los bombardeos de los Aliados a Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial, esto con el objetivo de que la memoria del Holocausto quedara fija como un crimen contra la humanidad y resultara claro que las víctimas fueron los judíos. Reconocer los bombardeos aliados en un momento inmediatamente posterior a la guerra, habría sido conflictivo para la memoria cultural, pues le reconocería de igual manera un lugar de víctima a los alemanes, lo cual no podía permitirse, a pesar de que, según el autor del ensayo, hubo cerca de 600,000 civiles muertos en las tormentas de fuego de Hamburgo y Dresden: “en el debate de la memoria pública en Alemania, la guerra aérea contra las ciudades alemanas nunca desempeñó un papel relevante. Fue ‘públicamente olvidado’ durante varias décadas”<sup>9</sup>. Sólo hasta las postrimerías del siglo XX empezaría a reconocerse ese episodio traumático y aflorarían los testimonios de los sobrevivientes, escribiéndose novelas y ensayos acerca del tema.

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 9.

Catalogar a la memoria como “buena” y al olvido como “malo” es una actitud reduccionista, por el contrario, se vuelve necesario reconocer el papel del olvido público como algo esencial para la victoria de la memoria respecto a un hecho traumático. Siempre que algo se fija como memoria, hay un olvido indispensable que lo permite. El otro ejemplo que nos brinda Huysen es respecto a la última dictadura militar argentina (1976-1983), en donde los atentados de la guerrilla urbana, a principio de los años 70, tuvieron que olvidarse públicamente para que la figura del “desaparecido” se erigiera como una víctima inocente, con lo que se buscaba un consenso nacional que fundara una memoria digna de ser enarbolada. El trabajo de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y su informe *Nunca más*<sup>10</sup>, junto con las protestas de las Madres de Plaza de Mayo fueron esenciales para insertar el tema de la violencia política en el contexto familiar y en el de los afectos: “convirtiendo los 30000 *desaparecidos* en víctimas pasivas, borra la historia política del conflicto junto con las filiaciones políticas individuales. La figura del *desaparecido* se transforma en una *idée reçue* [idea recibida], un cliché de la memoria social que al final, puede convertirse en la forma de olvidar de la propia memoria”<sup>11</sup>. A pesar de esto, reconoce que con el paso del tiempo ha surgido una recuperación de la memoria de la militancia de izquierda, lo cual tiene: “el mérito de romper con la ficción de la total inocencia de las víctimas de los *desaparecidos*”<sup>12</sup>.

La concepción de Huysen sobre los desaparecidos se empata en muchos sentidos con el sentimiento de victimización que expresa Giardinelli de la figura de los exiliados, la cual vemos plasmada en las dos novelas que nos ocupan. En *Qué solos se quedan los*

---

<sup>10</sup> Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba, 1984.

<sup>11</sup> Andreas Huysen, óp. cit., p. 6. Los resaltados pertenecen al original.

<sup>12</sup> *Ibíd*em, p. 9.

mueritos, José Giustozzi asegura: “Nosotros, todos, por ser hijos de la violencia habíamos sido violentos. [...] No hay alegría en la violencia, como no la hay en la sumisión [...] no comprendimos que un violento es, nomás, un solo y un triste [...] y que acaso debe buscar en la confusión y en el peregrinar del exilio, o en el quebrarse para una vida intrascendente y vacía”<sup>13</sup>. Mientras que en *El cielo con las manos*, el narrador expresa:

Y estamos llenos de miedo. Nos han apaleado hasta nuestro cansancio. Nos deben muchas lágrimas, demasiadas, esos hijos de puta, los milicos. No me quiero poner en sensiblero, vea, en trágico. No me gusta el denunciismo [sic], ni el gritoneo de exiliados [...] Pero no se puede negar que somos –que venimos siendo– una generación lastimada, de puras nostalgias, con demasiados muertos para los pocos años que tenemos, con mucho sufrimiento acumulado en alforjas (57).

Los exiliados estuvieron más cerca de la zona de olvido en Argentina, que los desaparecidos, torturados y encarcelados. Debieron pagar la cuota de olvido para que los reclamos de justicia tuvieran mayor alcance. Recordemos que muchos exiliados habían sido guerrilleros y militantes activos de izquierda que lograron escapar, y otros de ellos, ya presos, eligieron el artículo 23 de la Constitución para cambiar una celda por el destierro<sup>14</sup>. Ante la sociedad argentina eran culpables de “algo” que sólo ellos sabían y su huida del país respondía a asuntos sospechosos.

Debieron pasar muchos años para cambiar esta idea y reconocer públicamente a los exiliados olvidados. Pablo Yankelevich, en su ensayo “Exilio y dictadura”, escrito para conmemorar los treinta años del golpe de Estado, habla sobre el reconocimiento tardío por parte de la población y más aún de la leyes, pues el motivo principal de la salida de los exiliados fue propiciado por el terrorismo de Estado y no por ser delincuentes. Empero, nunca se planteó una estrategia del gobierno para su reinserción oportuna en el país. El autor concluye esta reflexión señalando lo siguiente:

---

<sup>13</sup> Mempo Giardinelli, *Qué solos se quedan los muertos*, p. 140.

<sup>14</sup> Este tema se trata más a profundidad en el primer capítulo.

Haber vivido en el exilio ha dejado de ser un hecho vergonzante y se [reconoce] que la salida del país fue producto de la política de exterminio puesta en práctica por los militares [...] De esta suerte, el exilio en su dimensión tanto política como simbólica emerge en el espacio público como un peso que sin duda contribuirá a reforzar el campo de una historiografía interesada en la reconstrucción del pasado de millares de argentinos que debieron abandonar su país.<sup>15</sup>

La distensión narrativa en *El cielo con las manos* intenta encubrir la violencia que expulsó al protagonista de su país, es la memoria reticente, pero vigorosa, que hace posible continuar la vida en su exilio mexicano. Esta memoria engendra amnesia y dispersión, como concluye Huyssen en su estudio sobre los abusos del olvido: “Un discurso memorialista omnipresente, inclusive excesivamente público [...] puede generar otra forma de olvido, un olvido de agotamiento”<sup>16</sup>.

El encuentro con Aurora es el quiebre que desestabiliza la narración y la lleva hacia el presente, apartándose del pasado lejano. Este ejercicio se va dando poco a poco, no sin dificultades, pues el periodista exiliado, que por su oficio debería ser ordenado en su discurso, comienza a trastabillar y a abrir lentamente el campo reflexivo. La memoria lo engaña e intenta aferrarse al pasado como un salvavidas:

Quizá porque me llena de nostalgias, quizá porque sigo empeñado en detener el tiempo. [...] Se confunden los pensamientos, se anarquiza el cerebro. Y aparecen las tensiones con nombre y apellido, como los de tantos compañeros que están presos, o reventados por las bandas que pulularán –uno se supone, todavía– por esa selva siniestra que es Buenos Aires, o que debe ser el Chaco, ahora, mientras nosotros, aquí, contemplamos un pedazo del centro de la Ciudad de México (49-50).

Recordemos que la novela fue terminada en 1979 y publicada en 1981, cuando la dictadura argentina aún seguía en el poder y faltaban por definirse muchas cosas (como la guerra de las Malvinas, la deposición del gobierno militar y los reclamos de justicia por parte de las víctimas). El narrador se niega a suplir la memoria dominante (obsesiva) por el

---

<sup>15</sup> Pablo Yankelevich, “Exilio y Dictadura”, en *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, p. 208.

<sup>16</sup> Andreas Huyssen, óp. cit., p. 15.

recuerdo indeseado, pues en cuanto abre la puerta comienzan a llegar las evocaciones de los compañeros presos o muertos (“reventados”) y la reminiscencia del contexto argentino violento por el cual se exilió. La memoria se vuelve porosa y los recuerdos de la violencia se mezclan con los de su adolescencia nostálgica, aunque quiera evitarlos. Asimismo, se nota una especie de remordimiento por estar lejos del país en crisis “mientras nosotros, aquí, contemplamos un pedazo del centro de La Ciudad de México”.

En general, el narrador experimenta un profundo sentimiento de melancolía por los compañeros muertos y desaparecidos, por la lejanía de la patria y, sobre todo, por el pasado que se ha ido. Las manifestaciones no sólo se presentan de forma directa, como en la cita anterior, sino que también aparecen veladas y figuradas como en el siguiente fragmento, el cual podría pasar desapercibido dentro de la novela sin un análisis detenido:

Iba caminando por Reforma cuando de pronto me pareció escuchar el canto de una cigarra. Qué maravilla. De chico, en Resistencia, las cigarras me parecían el símbolo del verano, ese verano lento y largo del Chaco [...] De pronto, pensé que no podía ser; supuse que el smog no las dejaría vivir, o que el ruido del tránsito no permitiría oír las. Y pensé que acá, en el hemisferio norte, quizá no existen las cigarras –mire qué pregunta me hice– y me entré a desesperar. Y me sentí muy lejos del Chaco. Incluso, se me ocurrió que en una de éstas ya no existen las cigarras en Resistencia (35).

Más que la lejanía de Argentina, percibimos el alejamiento del Chaco y de su infancia, del pasado distante con el que se empeña en llenar sus días en la Ciudad de México, para evitar los cuestionamientos que lo hagan pensar en el destierro. Los planos espaciales se traslapan por un momento entre el hemisferio sur y el norte. Imaginar que no hay cigarras en el Distrito Federal lo hace darse cuenta del transcurrir del tiempo y de que la vida no se detuvo al irse de Resistencia, sino que el tiempo avanzó aunque él haya sido expulsado: “Ayer, cuando me acordé de las cigarras, sentí que me faltaban. ¡No tenía más cigarras, Jaime! ¡Y qué solo estaba! Rodeado de gente” (36).

En este momento resulta indispensable referirnos al ensayo de Freud “Duelo y melancolía”, el cual viene a cuenta con esta actitud de nostalgia y añoranza que vemos en el protagonista de *El cielo con las manos* y que también cobra relevancia a la luz de lo analizado en *Qué solos se quedan los muertos*, en donde José Giustozzi experimenta un duelo profundo tras la muerte de Carmen Rubiolo.

Para Freud, la principal característica tanto del duelo, como de la melancolía, es la pérdida de alguien o de algo. En el primer caso, la muerte de una persona querida, mientras que en la melancolía puede ser la falta de “una abstracción que haga sus veces, como *la patria*, la libertad, un ideal, etc.”<sup>17</sup>. Mientras que la melancolía puede ser considerada una afección psicológica, el duelo rara vez lo será, más bien resulta un proceso, incluso, benéfico que debe ser superado y no es deseable interrumpirlo. En la novela *Qué solos se quedan...* vemos que el duelo de Giustozzi se desarrolla en soledad por las calles de Zacatecas, como un proceso intransferible que debe vivir por sí mismo. Por el contrario, la melancolía acarrea la necesidad de buscar confidentes, de ser franco y desnudarse a sí mismo frente a un otro, que en el caso de *El cielo...*, evidentemente, resulta ser Jaime, a quien el narrador le da su confianza y define como “una especie de gran oreja omnicomprendiva” (106).

La melancolía es la pérdida de un objeto amado, pero no siempre se sabe exactamente lo que se ha perdido, en la novela de Giardinelli es la añoranza del país y del amor pasado. Además, esta afección trae consigo otra serie de pérdidas, como lo menciona Freud: “La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la

---

<sup>17</sup> Sigmund Freud, “Duelo y melancolía”, en *Obras completas*, Tomo XIV, p. 241. El resaltado es mío.

inhibición de la productividad y una rebaja en el sentimiento de sí”<sup>18</sup>. La persona se ve reducida como individuo, mientras que en el duelo, el mundo es el que se vacía de sentido. Así, vemos a un protagonista de *El cielo...* que, como ya hemos mencionado, está divorciado, parece vivir sólo en el exilio y se encuentra abstraído del presente, sin terminar de situarse en el lugar que transita.

Las teorías de Freud sobre el duelo y la melancolía encuentran eco en la filosofía de Paul Ricoeur, quien hace una tipificación de tres tipos de memoria<sup>19</sup>: *memoria impedida*, la cual se refiere a un aspecto patológico de la psique humana en el que el paciente repite constantemente un recuerdo hasta lograr trabajarlo; *memoria manipulada*, se refiere a la construcción identitaria que una entidad individual o colectiva construye para sí misma a través del uso de la memoria, en este apartado cobra un papel relevante la narración, pues es la encargada de crear el discurso de rememoración; y en tercer lugar, tenemos a la *memoria obligada*, la cual se sitúa en un nivel ético-político, haciendo referencia al deber de un sujeto o una colectividad de recordar la memoria de los otros para conseguir justicia, ésta extrae de los recuerdos un valor ejemplar que se erige en el futuro como guardián del pasado.

La noción de memoria impedida, está basado en los conceptos de duelo y melancolía, en el mismo sentido en que los estudia Freud, ambos fenómenos psicológicos como consecuencia de una pérdida. El costo que hay que pagar por dicho quebranto es la actividad exacerbada de los recuerdos, pero una vez que termina esa inmersión en la memoria, el sujeto (o la colectividad) se encuentra nuevamente libre y desinhibido. Así que

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 242.

<sup>19</sup> Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 96-124.

el duelo y la melancolía, en gran medida, son la parte activa del recuerdo que, en caso de no trabajarse, puede repetirse constantemente con acciones inconscientes.

En *Qué solos se quedan los muertos*, las largas reflexiones del protagonista son impulsadas por el trabajo de duelo a raíz de la muerte de Carmen Rubiolo. Pero podríamos decir que, en ambas novelas, también se trata de un duelo por su exilio (patria perdida) y, en consecuencia, por su pasado violento. Si seguimos lo anotado por Freud y Ricoeur, la liberación de José Giustozzi, tras el duelo, se refleja en el hecho de empezar a decidir sobre su futuro en México, aunque estas decisiones sean las que lo lleven conscientemente a la muerte, pues resuelve enfrentarse al narcotráfico por su propia cuenta. Por otro lado, en *El cielo con las manos*, el trabajo del recuerdo no está asociado a ninguna muerte en específico (aunque el protagonista mencione a sus compañeros “reventados”), sino que se relaciona más con la pérdida del amor de Aurora y al abandono de su tierra a raíz de la violencia, dos abstracciones simbólicas. El recuerdo impedido del narrador, manifestado en su reticencia a pensar en su exilio presente, comienza a afinarlo por medio de sus largas pláticas con Jaime y sólo así puede darle una salida, ponerlo en palabras, articular un discurso. Tanto el duelo como la melancolía requieren de un tiempo para elaborar el recuerdo, para pasar de la repetición obsesiva, a una memoria más llevadera con la que se aprenda a convivir.

En términos de Todorov<sup>20</sup>, esta compulsión de repetición sería un “uso literal” de la memoria, en donde el viejo acontecimiento traumático es insuperable para el individuo y el presente permanece sometido al pasado. La contracara de esta imposibilidad de superación del recuerdo es el “uso ejemplar” de la memoria, aquí el pasado podría utilizarse en el presente, para esto es necesario un examen de los recuerdos que brinde lecciones de los

---

<sup>20</sup> Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, pp. 29-49.

traumas pasados (violencia e injusticia) con el motivo de contrarrestar los traumas del presente, dejando atrás el Yo disminuido para ir hacia el Nosotros. Este último uso obedece a una memoria fundadora de derecho, un principio de acción para el presente, por medio del cual se pueden identificar y contrarrestar los abusos actuales.

En *El cielo con las manos*, el punto de quiebre de la narración y el motivo del largo monólogo es encontrarse con una parte del pasado, Aurora, recuperar a la persona perdida (mas no muerta) y darse cuenta que ese amor pertenece a un tiempo lejano, igual que todas sus historias de adolescencia; sólo así se logra transitar de la repetición obsesiva (uso literal) a un presente más crítico en el que se analizan los traumas recientes (uso ejemplar) para seguir adelante. El protagonista sale de la reclusión en el pasado lejano para darse cuenta que su presente está en México y su condición actual es la de exiliado. El narrador solitario comienza a pensar en colectivo y a enunciar su melancolía<sup>21</sup> en términos generacionales:

Casi diría que a todos nos sucede lo mismo, como si conformáramos una generación perdida. Somos jóvenes todavía, y sin embargo aquí nos tienen, desperdigados por el mundo como si proviniéramos de un hormiguero al que alguien pateó. Y salimos todos, los que nos salvamos, los que no pudimos soportar la temperatura ambiente del país, salimos para *impregnar de nostalgia todo*, cualquier cosa que se nos pone enfrente, sobre cualquier tierra (56-57)<sup>22</sup>.

El olvido en el que el protagonista había caído comienza a tomar forma de recuerdo elaborado. Para Ricoeur, la memoria manipulada puede engendrar usos de rememoración y abusos de olvido, la diferencia entre estas dos derivaciones está dada por la maniobra narrativa que se elija: “Las estrategias del olvido se injertan directamente en [un] trabajo de

---

<sup>21</sup> Cabe señalar que utilizamos nostalgia y melancolía como sinónimos correctamente empatados, pues según la Real Academia Española, la nostalgia es: “1. Pena de verse ausente de la *patria* o de los deudos o amigos. / 2. Tristeza *melancólica* originada por el recuerdo de una dicha perdida”. El resaltado es mío. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, edición del tricentenario. Versión en línea <http://dle.rae.e>

<sup>22</sup> El resaltado es mío.

configuración: siempre se puede narrar de otro modo, suprimiendo, desplazando los momentos de énfasis, refigurando de modo diferente a los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la misma”<sup>23</sup>. Estas omisiones y traslaciones narrativas pueden estar dadas de forma voluntaria o involuntaria, en caso de ser una estrategia impensada se trata de un olvido pasivo, mientras que si se eluden ciertas partes del discurso conscientemente se cae en un olvido ambiguo, pues es al mismo tiempo pasivo y activo, con las mismas responsabilidades que los actos realizados por omisión o negligencia. La elaboración del recuerdo aparta al narrador de este olvido ambiguo (pasivo por omisión y activo por negligencia) en el que a veces parece ser deliberada su elisión de los recuerdos conflictivos y, por momentos, da la impresión de ser una cuestión involuntaria: “A veces pienso, Jaime, qué bien viviría uno si algunas cosas dejaran de tener importancia. Si uno fuera capaz de abstraerse, de no remover historias antiguas, de esas que sacuden, adentro algún lugar del cuerpo” (43).

Al acercarse al momento de su encuentro con Aurora, el relato comienza a acelerar los saltos temporales y nos vemos en medio de un remolino que gira entre el presente, el pasado reciente y el pasado lejano. Esta dislocación de la línea narrativa hace más evidentes los mecanismos de elipsis, reticencia y evasión que el protagonista emplea para alejarse de su situación actual. Tan pronto como le cuenta a Jaime que encontró a Aurora, vestida de verde, mirando un escaparate en la calle, cambia el tema para reflexionar sobre los hijos de los exiliados, los argenmex más jóvenes<sup>24</sup>, quienes al no tener una patria definida deben

---

<sup>23</sup> Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 572.

<sup>24</sup> El concepto “argenmex” asumido por muchos de los argentinos exiliados en México, se le atribuye a Mempo Giardinelli, y es precisamente en *El cielo con las manos* donde aparece por primera vez, cuando el narrador dice: “Sólo los recuerdos tienen alguna consistencia. Como mi país, como Buenos Aires, o mi provincia, que ya son puro recuerdo. Sucede como con el idioma, que tanto mexicanismo se nos va diluyendo, a pesar de los esfuerzos por mantener la identidad argentina. De modo que hablamos una híbrida mezcla de

aprender todo por partida doble (reconocer dos banderas, dos historias, dos geografías) y por ello han de asumir una nostalgia que no es originariamente suya, sino de sus padres: “¿Cómo, de qué recóndito sitio sacarán la indulgencia suficiente para disculparnos el trasplante, la confusión? ¿De qué manera se expresará, cuán grande será, su clemencia, su generosidad, el día de mañana, aquí o allá, cuando juzguen este exilio involuntario?” (79). Pero no hay que confundir este tipo de reflexiones con los recuerdos disuasorios que han venido poblando la novela, sino que son producto ya de una relocalización en el presente con miras al futuro ¿Cómo van a procesar el trauma los hijos de exiliados y de qué manera juzgarán a sus padres?

Después, tras contar un poco de la vida de Aurora (sobre su gusto por la pintura y sus estudios de biología), le confiesa a Jaime lo siguiente: “Ahora no sé por qué le digo todo esto. Quizá recorro a las palabras para distraer mi propia atención de lo principal. Es una manera de no pensar, una forma de olvido. Y el olvido es cruel, despiadado, sobre todo cuando se trata del olvido al que nos condenan los demás” (82). El protagonista se vuelve consciente de lo que ha estado haciendo durante buena parte de sus pláticas, alejarse del presente, no pensar en la violencia que ha vivido, porque él, y toda su generación, también se sienten olvidados. La memoria impedida realiza el trabajo necesario para dejar atrás la nostalgia, la melancolía, y hacer del trauma vivido un recuerdo consciente, digno de ser recordado sin reticencias, reconociendo los engaños propios: “uno es tramposo, no hay caso: en vez de largarse a llorar, en lugar de reconocer que uno está hecho pelotas, opta por digresiones como ésta para retener su atención, para que no me deje solo, Jaime. No hay nada peor que el miedo a estar solo” (84).

---

argenmex o algo así. Pero no pronunciamos bien ni el argentino, ya, ni el mexicano. Eso tampoco sirve. Ni siquiera sirve decir todas estas cosas” (56).

Aurora y el narrador toman un café, tienen una larga plática en la que se actualizan sobre sus vidas; la militancia de él, el encarcelamiento de ella, el exilio de ambos. A continuación, caminan juntos por Reforma y, en ese instante, el protagonista cae en la cuenta de su condición de exiliado, ahí, hombro a hombro con la persona añorada durante tantos años, con uno de los motivos de su larga nostalgia: “Fue entonces cuando comprendí la ruptura del ambiente. Estábamos en México, Jaime. Yo había reestructurado mi vida. La había desestructurado; vuelto a estructurar. Era poseedor de una cotidianidad nueva, diferente; de proyectos distintos, de miedos renovados (los miedos, como los sueños, siempre se renuevan)” (109). Se da cuenta que el entorno y el país de acogida ya son parte de sí, se han incorporado a su presente: “Y fue la primera vez que pude conciliar los afectos, sintiéndome ya no desterrado, ya no enloquecido por la pérdida de un terruño, sino curiosamente rico, súbitamente millonario por tener dos terruños” (110).

Tras caminar juntos van al departamento de Aurora, donde pasan la noche juntos. Después de veinte años tienen la oportunidad de consumir el amor que dejaron pendiente en la adolescencia, sin embargo las cosas no resultan como lo habríamos pensado. Su reencuentro no pasa de una sola noche, pues ella planea mudar su exilio a Barcelona y él se da cuenta que el amor que le tenía es cosa del ayer: “vos [eres] eterna, pero de una pasada eternidad” (124).

Aurora se convierte en un recuerdo sereno dentro de su historia personal, con el que finalmente puede convivir, pues la eternidad, para el protagonista, no es un tiempo infinito que todo lo abarca, sino un momento muy breve acontecido alguna vez, un suceso del pasado:

Pero a mí me sirvió para entender que la Aurora de carne y hueso que había reencontrado en la esquina de Reforma y Niza era un ser inexistente. Que yo había inventado su memoria, como ella, seguro, me había inventado a mí. Que todo lo

sucedido alguna vez, hacía tantos años, no era sino una magia necesaria para vivir, una circunstancia anómala que los dos habíamos pergeñado simplemente para cumplir con esa necesidad de inventar el futuro que tenemos los seres humanos, acaso para no advertir cuánto nos duele el presente, cada presente (124-125).

Tras expresar estas ideas, el tiempo de la narración se vuelve más cercano, pues deja de lado las historias periféricas de los viejos conocidos de Resistencia y de las andanzas de adolescencia del protagonista. La melancolía por la patria perdida y el amor de Aurora se convierten en un recuerdo menos opresivo, que le permiten hacer una reflexión sobre el pasado reciente, lleno de violencia, que lo llevó a exiliarse en México y a anclarse en el presente para, desde ahí, convivir con el pasado y pensar en el futuro.

Las últimas palabras del narrador se muestran muy lejanas a la nostalgia expresada en un principio, muestran reconciliación: “Y cuando ella me dijo adiós, y yo le dije adiós, sentí que concluía una etapa, que me sacaba un peso de encima, y sin remordimientos” (124). Finalmente, la memoria impedida logra hacer el trabajo de recuperación para encontrar tranquilidad y dejar de lado las repeticiones obsesivas del pasado; el exilio toma un cariz menos traumático y el olvido por omisión queda al descubierto, no en una forma negativa, sino como un proceso del trabajo de la memoria. El narrador no termina su exilio con esto, cierto, pues la estructura del mundo sigue siendo la misma, pero ahora, en vez de sentirse expulsado de un país perdido, tiene la sensación de haber conseguido dos patrias.

## CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos podido ver la profunda relación que tuvo el exilio argentino en México con la literatura. Por el perfil de los migrantes, muchos de ellos universitarios, profesionistas y obreros militantes, las letras fueron un instrumento valioso para intentar comprender su situación y denunciar a la distancia las vejaciones ocurridas al interior de Argentina.

La importancia de hacer un estudio histórico-político-literario nos permite encontrar cruces entre diversas materias y ampliar los márgenes de nuestro tema de estudio, brindándonos una visión más global. Es así que podemos hablar del proceso de recuperación de memoria que se vivió en Argentina después de la última dictadura militar, en donde la literatura, junto con otras expresiones artísticas, fue un factor fundamental para que dicho proceso social se llevara a cabo. La literatura echó a andar los recuerdos no sólo de los escritores sino de un sector significativo de la sociedad quienes al acercarse a ésta ponían en perspectiva su propia existencia. El primer paso para comprender el trauma de la violencia es poder nombrarlo, en esta tarea la labor de los escritores pudo poner en palabras inteligibles las experiencias traumáticas. Gracias a lo cual, los silencios dejaron el ámbito íntimo del hogar y la familia para conjuntarse, logrando un reclamo colectivo de justicia en los espacios públicos.

Sin embargo, este resurgimiento de la memoria respecto a la dictadura argentina tuvo que guardar algunos silencios. En un principio, el exilio debió pagar la cuota de olvido necesaria para hablar de la violencia estatal, pues los exiliados habían sido acusados de formar parte de los factores que la desataron (por su profunda raigambre de izquierda militante). A la distancia, la comunidad del exilio se organizó entorno a dos ejes que guiaron su travesía por tierras mexicanas: solidaridad y denuncia. Esto consiguió aminorar la impotencia sufrida por no poder tener injerencia directa en los sucesos de su país.

En México, los exiliados encontraron un ambiente propicio para discutir todo aquello que estaba prohibido en Argentina. A medida que vivieron su propio proceso político, muchos de ellos tomaron una decisión sobre el rumbo que querían para su país, asumiéndose como sujetos activos. La apuesta de la gran mayoría de exiliados fue por adoptar y defender la democracia como proyecto político de nación, además de promover la cultura a través de todos los medios posibles, pues consideraban que, tras la dictadura, el país había sido fuertemente afectado en éste rubro.

El propio Mempo Giardinelli, una vez de regreso en Argentina, fundó la revista *Puro Cuento* (1986-1992), desde la cual llevó a cabo una defensa férrea de la democracia recuperada y se promulgó en contra de cualquier totalitarismo o tentativa golpista, ya fuera de izquierda o derecha. Así lo expresó en el editorial del cuarto número, correspondiente a los meses de mayo-junio de 1987, tras el conato de golpe de Estado realizado por los militares “carapintada”. Giardinelli escribió: “Creemos que la extrema gravedad de lo sucedido hace forzoso reiterar nuestra vocación democrática, antigolpista y antiautoritaria, como venimos sosteniendo desde nuestro primer número. **Cultura y democracia, para**

**nosotros, son términos absoluta y estrechamente vinculados.** No pueden existir –**no son**– el uno sin el otro”<sup>1</sup>.

Lo que me interesa resaltar en estas palabras finales es la relación de los escritores con su entorno social y la repercusión que éste tiene en la creación literaria; como lo fue la experiencia de exilio para la comunidad argentina en México, la cual ha quedado plasmada de distintas formas en la obra de muchos escritores, testimonio simbólico de su experiencia vivida.

La literatura del exilio permitió formular una crítica severa y más libre sobre la violencia política que expulsó a una gran cantidad de argentinos. Los intelectuales se convirtieron en los representantes con más visibilidad pública de la comunidad del exilio y desde este papel de voceros, hicieron todo lo posible por refutar el desprestigio que recaía sobre ellos y las versiones tendenciosas de la historia promulgada por la dictadura. La literatura del exilio cuestionó e intentó refutar desde un primer momento la propaganda oficial del gobierno militar, poniendo en entredicho discursos perniciosos como el de la “campana antiargentina”, orquestada contra la resistencia política de los exiliados en el extranjero. La literatura así entendida, constituye una forma de reflexión crítica sobre el pasado y las versiones sesgadas de la historia.

Al haber hablado en este trabajo sobre el contexto cultural de la literatura del exilio argentino en México, nos es posible señalar algunas características de ésta narrativa, en primer lugar existe una tendencia a reflexionar sobre el propio exilio, las condiciones que llevaron a salir del país y las condiciones para el regreso. También hay una permanente sensación de pérdida que colma gran parte de las obras, esto en el plano familiar, material, social y, principalmente, temporal. Se pierden amigos, sucesos nacionales, objetos

---

<sup>1</sup> Mempo Giardinelli, “Editorial”, *Puro Cuento*, No. 4, sept-oct 1991. Los resaltados pertenecen al original.

personales, mueren algunos amigos y, en general, el tiempo sigue su curso mientras en el exilio todo queda suspendido. Otro de los temas recurrentes es el del extrañamiento frente a lo nuevo, el país de acogida representa un reto y pone en perspectiva el conocimiento del mundo que tiene el exiliado, muchas cosas deben aprenderse de cero: las normas de convivencia, los nombres de algunos objetos, las variaciones de la lengua, la interpretación de los mensajes no verbales, etc. Y finalmente, hay una fuerte tendencia a reinterpretar la historia, la literatura refleja las profundas reflexiones que algunos exiliados hicieron durante ese tiempo en el que su vida pareció quedar detenida y el pasado lo inundó todo.

En el plano extradiegético es importante señalar el lugar incierto de la literatura del exilio, pues se encuentra siempre en los márgenes. Resulta difícil definir si pertenece al canon mexicano, hablando del caso que nos ocupa, o al argentino. Inclusive sería más atinado preguntarnos si es que se integra a algún canon en específico, pues se encuentra todo el tiempo en las fronteras (a veces literalmente), cumpliendo con la paradoja de todo exiliado, no ser totalmente de uno, ni de otro lado. Después de analizar esta materia en el presente trabajo, considero que la cualidad transfronteriza, multitemática y poligenérica de dicha narrativa le da la capacidad, y el derecho, de competir a cualquiera de los dos territorios. Aunque más correctamente podemos puntualizar que no debiera ser parte de ningún canon apegado a una geografía nacional, sino, en general, a la tradición del exilio latinoamericano.

Respecto a las dos obras estudiadas de Mempo Giardinelli, podemos concluir que no es del todo correcto reducir los estudios de la memoria a un binarismo opresivo en el que la memoria se asocie con lo bueno, lo positivo, y el olvido con lo malo, el fracaso. No se trata de recordar todo ni de olvidar nada, sino de convivir conscientemente con ambos.

En la novela *Qué solos se quedan los muertos*, la recuperación de la memoria está precedida de una etapa de amnesia voluntaria y condicionada por el duelo de la muerte de Carmen Rubiolo. Este tiempo de olvido parece imprescindible para reflexionar críticamente sobre el pasado, acción que lleva al protagonista, José Giustozzi, a tomar una decisión trascendental: enfrentarse a la violencia que lo persiguió toda su vida, aunque esto termine por causarle la muerte. Mientras que en *El cielo con las manos*, el olvido se construye como un refugio cómodo para evitar situarse en el presente, yendo en dirección contraria a las *Mil y una noches*, en donde Scherezada gana un día más de vida con cada relato, el protagonista parece dejarse morir con cada día que permanece atrapado en el pasado, su reencuentro con Aurora actualiza el tiempo de su vida y pone a flote todo aquello silenciado por su narración elíptica y reticente. En este caso, como lo mencionamos en su momento, las ausencias también construyen significados, el olvido guarda un mensaje.

En los dos libros el despertar de la memoria está condicionado por el reencuentro con una persona del pasado, José Giustozzi, en *Qué solos...*, se reencuentra con Carmen Rubiolo, y el narrador de *El cielo...* con Aurora, dos amores del pasado que funcionan como detonadores de la memoria, de la misma forma en que la conmemoración de los aniversarios fue fundamental para que los reclamos de justicia y la conglomeración de las colectividades pudiera darse en Argentina. El trabajo del duelo, en la primera novela, y el de la melancolía, en la segunda, logra llevar a los protagonistas de las historias a realizar una reflexión crítica sobre su pasado y a actualizar su percepción del tiempo, fijándose en el presente, para tomar decisiones sobre su futuro.

Además, podemos decir que en ambas novelas, la elección genérica tiene influencia directa en la manera en que se estructuran los discursos de memoria, violencia y exilio. A pesar de que las dos historias están narradas en primera persona, por un lado, *Qué solos se*

*quedan los muertos* se apega al género policiaco, lo cual le permite hablar de forma más certera sobre la violencia (aunque nunca explícitamente). Giustozzi investiga el asesinato de sus compatriotas en un contexto corrompido por el crimen organizado en donde la violencia inunda todos los aspectos de la vida. En este ambiente, la procuración de justicia parece imposible, y como en muchas de las historias neo-policiales, lo más cercano a ésta puede ser conocer la verdad sobre los crímenes, el motivo de la violencia que persiguió al protagonista y a su generación toda la vida.

Por otro lado, en *El cielo con las manos*, Giardinelli utiliza el monólogo en primera persona para hacer un texto más libre y experimental en donde crea una tensión permanente entre el pasado y el presente narrativo. El tiempo se divide en un pasado lejano, cómodo para el narrador, y otro pasado reciente, donde debiéramos encontrar los motivos que lo llevaron al exilio. La experimentación de la narración hace que ésta se llene de elipsis, evasiones y reticencias para no referirse al presente. Las dos novelas hablan de la violencia y el exilio, pero de formas muy distintas, hecho relacionado con la estructura formal de las mismas.

Finalmente, podemos decir que si en 1978, plena época del exilio argentino, el escritor uruguayo, Ángel Rama, señalaba una falta de intercambio cultural entre las dos fronteras de la América hispánica, hoy en día sería difícil señalar un aislamiento cultural entre ambos países:

[...] prácticamente no existe un puente cultural entre Argentina y México y los equipos intelectuales altamente desarrollados de ambos países se han caracterizado por un funcionamiento endógamo muy marcado [...] dentro de América Latina su concentración ha sido exclusivamente en sus propias nacionalidades, más

amorosamente urgadas [sic] en el caso de Octavio Paz que en el de Borges, pero siempre separadamente de los demás países de la región.<sup>2</sup>

En este sentido, el fruto del intercambio cultural fue sumamente provechoso después del exilio, pues se tendieron puentes sólidos entre el norte, el centro y el sur de América. Además, ha habido una mayor apertura hacia el tema del exilio, en Argentina se puede hablar libremente de ello, mientras que los testimonios de quienes vivieron esta situación han salido poco a poco a la luz. Se han editado libros, filmado documentales, realizado exposiciones artísticas, conferencias y, en sí, la información sobre el tema tiene una mejor recepción.

He de volver a señalar que este trabajo pretende ser, en el plano particular, un aporte a los estudios sobre la literatura del exilio argentino y, en lo general, una invitación a pensar la literatura del exilio latinoamericano. Aquí hemos podido analizar la forma en que la literatura se constituyó como un espacio simbólico de disputa de la memoria, desde el que se trataron diversos temas y quedaron plasmadas las experiencias de la comunidad argentina, además de ser una instantánea del momento histórico vivido. Si bien la literatura de Mempo Giardinelli es tan sólo una pequeña parte de la obra creada en el destierro por diversos autores, queda pendiente un estudio más amplio de esta narrativa que hemos dado en llamar literatura del exilio argentino en México.

---

<sup>2</sup> Ángel Rama, “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, en *Nueva sociedad*, No. 35, marzo-abril 1978, p. 98.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, Marc. *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- AVELAR, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Providencia, Santiago: Ed. Cuarto propio, 2000.
- BERISTÁIN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México: Editorial Porrúa, 1995.
- BERNETTI, Jorge Luis y GIARDINELLI, Mempo. *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura, 1976-1983*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- BOCCHINO, Adriana. "Exilio y literatura durante la última dictadura argentina" en el portal web Cervantes Virtual.  
Consultado en línea: 9 agosto 2017.  
[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/exilio-y-literatura-durante-la-ultima-dictadura-argentina/html/baad223a-a0fd-11e1-b1fb-00163ebf5e63\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/exilio-y-literatura-durante-la-ultima-dictadura-argentina/html/baad223a-a0fd-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html)
- BOLAÑO, Roberto. "El exilio y la literatura". *Revista Ateneo*, n° 15, p. 42-44, año 2001.  
Consultado en línea: octubre 2017.  
<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-73198.html>
- CALVEIRO, Pilar. *Desapariciones: memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*. México: Taurus, 2002.
- ". "Los usos políticos de la memoria" en *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Comp. Gerardo Caetano. Buenos Aires: CLACSO, 2006. pp. 359-382.
- CANDIA GAJÁ, Andrea. *Literatura y Exilio: el caso argentino. La narrativa de Mempo Giardinelli y Tununa Mercado*, tesis de Maestría. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012.

- CERRUTI, Gabriela. "La historia de la memoria" en *Puentes*. Año 1, núm. 3 (marzo, 2001), pp. 14-25
- CLARA E. Lida, CRESPO, Horacio y YANKELEVICH, Pablo (Comps.). *Argentina, 1976: Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS. *Nunca más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba, 1984.
- DEFFIS, Emilia. *Figuraciones de lo ominoso: Memoria histórica y novela posdictatorial*. Argentina: Ed. Biblos, 2010.
- DIEGO, José Luis de. "Relatos atravesados por los exilios" en *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 11. – *La narración gana la partida*, Elsa Ducaroff (coord.). Buenos Aires: Emecé, 2000.
- FIERRO OBREGÓN, Alfonso. *Novela dura y posdictadura militar en argentina*, tesis de Licenciatura. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2013.
- FREUD, Sigmund. "Duelo y melancolía", *Obras completas*, Tomo XIV. Argentina: Amorrortu Editores, 1992.
- GIARDINELLI, Mempo. *El cielo con las manos*. Buenos Aires: Edhasa, 2014.
- . "Editorial", *Puro Cuento*, No. 4, sept-oct 1991 (contraportada).
- . "La literatura argentina y la experiencia del exilio" en *Un universo cargado de violencia*, de Karl Kohut. Frankfurt, Germany: Verveut, 1990.
- . *Qué solos se quedan los muertos*. México: Ed. Diana, 1991.
- HALBWACHS. Maurice. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2004.
- . Maurice. *La memoria colectiva*, traducción Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de España, 2004.
- HUYSEN, Andreas. *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- . "Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público", ponencia leída en la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação, 2004.
- Consultado en línea: 6 de septiembre 2017

[http://intercom.org.br/memoria/congresso2004/conferencia\\_andreas\\_huysen.pdf](http://intercom.org.br/memoria/congresso2004/conferencia_andreas_huysen.pdf)

JELIN, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.

JENSEN, Silvina y YANKELEVICH, Pablo. *Exilios, Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Argentina: Libros del Zorzal, 2007.

------. *La huida del horror no fue olvido*. Barcelona: Editorial M. J. Bosch-COSOFAM, 1998.

------. *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.

JITRIK, Noé. “La literatura del exilio en México (aproximaciones)” en Karl Kohut y Andrea Pagni (comps.), *La literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Frankfurt: Vervuert, 1989.

------. *Limbo*. México: Era, 1989.

KOHUT, Karl. *Escribir en París*. Barcelona: Hogar del libro, 1983.

------. *Un universo cargado de violencia. Presentación, aproximación y documentación de la obra de Mempo Giardinelli*. Frankfurt, Germany: Verveut, 1990.

LATTES, Alfredo E. y OTEIZA, Enrique. *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): democratización y retorno de expatriados*. Ginebra, Suiza: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, 1986.

LONGHI-BRACAGLIA, Isabel. “La 'mujer más valiente de México' deja la Policía y pide asilo en EEUU”, en el diario *El Mundo*, 07/03/2011.  
Consultado en línea: diciembre 2017.  
<http://www.elmundo.es/america/2011/03/04/mexico/1299252256.html>

LÓPEZ LAVAL, Hilda. “Entrevista con Mempo Giardinelli” en *Confluencia*, Vol. 6, No. 2 (Spring 1991), pp. 102-109.

LORENZANO, Sandra. “Testimonios de la memoria. Sobre exilio y literatura argentina” en *México, país refugio. La experiencia de los exiliados en el siglo XX*, Noé Jitrik (coord.). México: INAH-Plaza y Valdés, 2002.

LUNA, Félix. *Historia general de la Argentina*, volumen 5. Buenos Aires: Planeta, 1995.

MARCOS, Juan Manuel. “Mempo Giardinelli in the Wake of Utopia”, *Hispania*, 70:2 (1987), pp. 240-249

- MERCADO, Tununa. “Escritura y exilio” en *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*, María Celia Vázquez y Sergio Pastormerlo (comps.). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2002.
- MONTALVO, Pía. *Tejidos blandos. Indumentaria y violencia política en Chile, 1973-1990*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- MASIELLO, Francine. “La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura” en *Ficción y política: la narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires y Minneapolis: Alianza / Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1987, pp. 11-29.
- NEUMANN, Birgit. “The literary representation of memory” en *Cultural memory studies: an international and interdisciplinary handbook*, editado por Astrid Erll, Ansgar Nünning. Berlín: Walter de Gruyter, 2008, pp. 333-343.
- PADURA, Leonardo. “Miedo y violencia: la literatura policial iberoamericana”, prólogo al libro *Variaciones en negro. Relatos policiales iberoamericanos*, selección y notas de Lucía López Coll. Puerto Rico: Editorial Plaza Mayor, 2003.  
Consultado en línea: 16 de octubre 2017.  
[http://www.editorialplazamayor.com/archivos/critico/miedo\\_y\\_violencia.htm](http://www.editorialplazamayor.com/archivos/critico/miedo_y_violencia.htm)
- PIGLIA, Ricardo. *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- RAMA, Ángel. “La riesgosa navegación del escritor exiliado” en *Nueva sociedad*, No. 35, marzo-abril 1978, pp. 5-15.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Edición del tricentenario. Actualización 2017.  
Consultado en línea: marzo 2017.  
<http://dle.rae.e>
- REATI, Fernando. *Nombrar lo innombrable: violencia política y novela argentina 1975-1985*. Buenos Aires: Legasa, 1992.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- ROCHA, Carolina “Exilio e identidad en tres novelas de Mempo Giardinelli: *El cielo con las manos*, *Luna Caliente* y *Qué solos se quedan los muertos*” en *Hispanismo en la Argentina, en los portales del siglo XXI*, tomo IV: Literatura Argentina e Hispanoamericana. Argentina: Universidad Nacional de San Juan, 2002.

- ROFFÉ, Reina. "Sobre Literatura y el oficio de escritor" en *Conversaciones americanas*. Madrid: Páginas de Espuma, 2003.
- ROMERO, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- RONIGER, Luis. *Destierro y exilio en América Latina*. Buenos Aires: Eudeba, 2014.
- SAER, Juan José. *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral, 2014.
- SARLO, Beatriz. *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2012.
- TAPIA VALDÉS, Jorge A. *El terrorismo de Estado, la Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*. México: Ed. Nueva Imagen, 1980.
- TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*, traducción de Miguel Salazar. Barcelona: Editorial Paidós, 2000.
- YANKELEVICH, Pablo. *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México, 2010.
- . *México, país refugio. La experiencia de los exiliados en el siglo XX*. México: INAH-Plaza y Valdés, 2002.
- . "Ser otro en ambas patrias. Exiliados latinoamericanos en México" en *El otro, el extranjero*, Fanny Blanck-Cerejido y Pablo Yankelevich (coords.). Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.
- YATES, Frances A. *El arte de la memoria*, traducción del inglés de Ignacio Gómez de Liaño. Madrid: Ediciones Siruela, 2011.
- WEINRICH, Harald. *Leteo, arte y crítica del olvido*, traducción de Carlos Fortea. España: Ediciones Siruela, 1999.